REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, SETIEMBRE 9 DE 1933 — No. 5

Los Tres Evadidos de la Realidad







Los tres personajes de la infancia, a quienes seguimos admirando los que prolongamos aquella en la intimidad de los sueños; los que creemos que todo, fábula o evidencia, es realidad; los que sabemos dar vuelta a la baraja de lo cierto y lo posible, de lo sublime y lo grotesco; los que conocemos las siete posturas de la luna: son el tony, el ventrílocuo y Carlitos, que habitan en los dos lados de la estrella, porque sólo son absolutamente desgraciados los que no sienten cuándo es la sonrisa y cuándo es el sollozo.

★

Acaso ya en las historias de cómicos, antes aún de Scarrón, el tony tenía su corbata azul de pintas blancas, o blanca de pintas rojas, su clac gastado o su boina de media, su grueso palo y sus largos zapatones. Y tenía también la edad del mundo, ya que cuando hizo Dios al primer hombre, éste se llevó algo por delante. La tierra le quedaba grande, y no hizo el ridículo a falta de espectadores. Los espectadores vinieron después, y el que recibe las bofetadas apareció en la súbita luna de cartulina desde el rincón en donde aguardan, recortados, como de calesita, los caballitos ágiles, los heroicos Blagdaroos de los circos.

Si todos los hombres del mundo, los que ya han muerto y los que viven todavía, los de todas las épocas y los de todo mañana, volvieran de pronto a la infancia, vale decir, si el mundo fuera sólo un gran prodigio de niños, ¿quién sería el rey? ¿A quién buscarían afanosamente por todos los rincones de la tierra? ¿Al hombre que achicara para ellos el Empire Star y la Torre Eiffel? ¿Al que trajera hasta las playas, al Brooklyn y al Monte Blanco en miniatura? No, buscarían al tony, para reír con él. Los niños saben elegir. Tienen a Dios en los ojos y no se equivocan nunca. Viven la edad del disconformismo y buscan la deformación de la realidad, porque, al nacer, no están de acuerdo con sus cuatro elementos, ni con sus cuatro dimensiones, ni con sus cinco sentidos. Y hay un sexto sentido que sólo poseemos siendo niños y que apenas conservamos unos pocos a lo largo de los años: el instinto. Por el que sabemos que muchos seres y cosas que se mueven a nuestro lado, no existen en realidad. Por el que sabemos que muchos seres y cosas, ya muertos, ya desaparecidos, están presentes en el plano que sólo los niños conocen y visitan, en donde se encuentran los deshollinadores, los pequeños objetos que desaparecen de las casas, las cartas sin dirección, los juguetes descompuestos, los capitanes sin barco y las esquinas inverosímiles en las que, de vez en cuando, acampan los circos sin rumbo, los circos llenos de tonys. Allí donde está Blagdaroos, el caballito de madera que Lord Dunsany, los niños y nosotros solemos ver en los baldíos, otro pequeño mundo de nosotros.

★

Nacer con algún don, es lo único verdaderamente misterioso. Hay gente que lo posee todo y a la que, sin embargo, le falta algo, le falta el don. Es heroico eso de hacerse. Pero lo que se hace, se hace, y cualquiera puede hacerse, por intrepidez, rico; por desgracia, criminal; por inclinación, carpintero o joyero. Pero hay que nacer, pirata, poeta o ventrílocuo. Nacer con el don. Eso, sutil y misterioso de los nacimientos. El ventrílocuo nace con el don: posee dos voces. Puede decirse que hay en él un mellizo fracasado. Que está condenado a llevar toda su vida alguna cosa muerta, a alguien que ha muerto al nacer él, y que sólo habla. ¿Quién hace el "doble" en la voz de los ventrílocuos? Ya sabemos que la ciencia daría una contestación terminante. Pero la fantasía, que no conoce, como lo ciencia, fronteras, idealizará siempre el don del ventrílocuo. Y los niños lo admirarán en los cines de barrio y en los barracones de la feria, adonde suele llevar a Don Pánfilo y a Doña Brígida, muñecos de trapo y aserrín, a quienes ha dado alma dándoles voz. El ventrílocuo que anima a los muñecos es un pequeño Dios trashumante, que, de entrar de noche a una juguetería, despertaría todos los estantes, copiaría la farsa trágica del mundo, y, dando alma, daría tristeza, a las únicas cosas no tristes del mundo: los juguetes. ¡Una vez un ventrílocuo hizo hablar a las sotas de la baraja! ¡Otra vez salvó a un rey de ajedrez a punto de ser muerto por la reina! El ventrílocuo vive en las trastiendas, o se queda dormido en las roperías de los teatros, como un pierrot de bambalinas, estirando las largas piernas entre otros tantos muñecos estirados, sus hijos, su voz, su otra voz. Y cuando el ventrílocuo abandona sus muñecos, desparramados en todas las posturas, en su camerino, ¡qué solos se quedan los muñecos! Colgados como sueños muertos, ya no pueden moverse, ni ver, ni hablar. Y eso es lo dramático de la ventriloquia. ¿Y aquel ventrílocuo que se enamoró de la marioneta? Era una hermosa muñeca Lenzi. El infeliz se hacía a sí mismo el amor, se hablaba dulcemente con su otra voz, hasta que en el incendio del teatro, no pudo llegar a tiempo para salvarla.

—"¡Hay una mujer adentro!" — gritaba.

Y, en realidad, él la tenía adentro. Pero su voz, vale decir, la voz de la marioneta, no volvió a oírse jamás.

Esto sucedió en los tiempos de la reina Victoria, cuando los mendigos de Peachum incendiaron una manzana en Londres.

★

Un mucho de él, un poco de nosotros, lo cierto es que Carlitos Chaplin es el artista más humano de nuestro tiempo. Es él y su caricatura. Lo que nos ha sucedido, lo que nos puede suceder, lo que nos debía suceder, ya lo sabemos. Ni agresivo ni grosero, ni melodramático, ni festivo, Carlitos es real hasta en la cena hipotética de "La Quimera del Oro", cuya Danza de los Panes no tiene, sin duda, equivalente. El bello es casi siempre tonto, como el feo casi siempre inteligente. El pobre, casi siempre bueno, como el rico, casi siempre egoísta. Nunca se es completamente feliz. Siempre nos suele traicionar un gesto, una caída lamentable, un resbalón cualquiera. Contra la solemnidad y contra la crueldad. Con tan escasos elementos trabaja el más grande artista del mundo. Pero siempre con un telón de fondo, que es el camino. El camino que va a cualquier parte. Y que nos salva. El camino que continúa como la vida y la muerte.

Acaso el hombrecito de la "Chaplin's Troupe", que heredó los zapatones del caballerizo no dé ninguna importancia a su arte. Acaso él sabe que sólo prolonga en la tela el transcurrir cotidiano, pobre relato en el misterio de la vida y la muerte. Y lo terrible del desencuentro, como aquellos dos desgraciados que están de pronto separados por lo infinito de una puerta de Montepío. ¿Estuvo Carlitos en Buenos Aires haciendo en un teatro de variedad la pantomima del Tingel-Tangel? ¡Pero está aquí con nosotros, está en nosotros! Está, como nosotros dentro del Tingel-Tangel, esta universal pantomima que contagia a todos el irremediable baile, en el tobogán de un destino irremediable. Carlitos sabe que la civilización ha complicado y entristecido la vida del hombre. Los precios, las fronteras, las costumbres, el límite a la libertad, las prohibiciones y las condenas. Carlitos sabe que hay un "policeman" que es nuestro enemigo, un patrón que es nuestro enemigo y un comerciante que es nuestro enemigo. Carlitos es un subversivo. Por eso Lenin confesó que quería conocerlo personalmente.

UNA ESCALERA REAL ★ *por Víctor Juan Guillot*

ILUSTRACION DE ROJAS

TODA persona que haya jugado al "poker" lo suficiente para saber que no es sólo un arte de ganar o perder dinero en poco tiempo, no ignora que las cartas obedecen a una ley desconocida pero inviolable que las obliga a preferir sucesivamente cada uno de los sitios ocupados por los jugadores. Es lo que se llama la rotación de la "veine". La mala suerte no es otra cosa que el desencuentro entre la "liga" que se traslada y el jugador que no ha sabido o no ha querido esperarla en su puesto. Por eso puede afirmarse categóricamente que un hombre sereno, contando con tiempo bastante para que las cartas describan su círculo y con el dinero necesario para resistir la racha adversa sin comprometer sus reservas, puede esperar tranquilamente su momento, con la seguridad absoluta de que ese momento habrá de arribar por fin. Inútil parece agregar que la regla no opera cuando se trata de uno de esos novicios aturdidos por las pérdidas que se las arreglan para cavarse un pozo tan hondo que después no hay favor de la fortuna que consiga sacarlos de su profundidad. Pero sobre esta clase de personas no se debe insistir porque es la misma que pierde siempre, y por las mismas causas, en el juego de la vida.

Ese no era, sin embargo, el caso de Lagrange. Había sido buen jugador y no ignoraba que el desquite es una cuestión de tiempo, siempre que un hombre sepa estar listo para aprovechar en forma el llamado de la ocasión. Por eso, cuando Bertoni lo invitó a trabajar juntos en Entre Ríos, Lagrange aceptó la invitación y el trabajo en común. La intuición infalible de los jugadores le advirtió que se aproximaba el momento de la esperada revancha. A la verdad, Bertoni desconocía o había olvidado el agravio que el otro mantenía fresco y vivo como una planta que se riega con asiduidad. Era un hombre sanguíneo, bullicioso y un poco brutal, tan capaz de asestar a un enemigo un puñetazo en la cara como de suponer al día siguiente que el hecho había tenido tan poca importancia para el maltratado como para él mismo. Lagrange tampoco era un malvado de película; pero ajustaba su vida a una regla de conducta que prescribía la necesidad de no cerrar jamás una cuenta con saldo en contra en sus relaciones con los demás. Mediaba, además, en este caso, un sentimiento de amor propio; y puede ser también que algo más profundo y duradero que el amor propio. Con ello se está diciendo que entre Lagrange y Bertoni había pasado una mujer. Siempre hay una mujer en los orígenes de la enemistad entre dos hombres que no han pasado de los cuarenta años... y a veces entre los que han franqueado ese límite también.

La cosa había ocurrido algunos años antes, cuando Bertoni y Lagrange trabajaron en la administración de los astilleros de Mihanovich, en el Carmelo, por la costa oriental. Conociéronse allí y se vincularon íntimamente hasta que los distanció el asunto aquel. Lagrange perdió una mujer que le gustaba y una pequeña fortuna que le habría venido juntamente con la mujer. Bertoni, en cambio, ganó el rencor de un hombre que desde ese instante le abrió una cuenta que el tiempo y las circunstancias se encargarían de cancelar.

Eso no impidió que cuando se encontraron aquella mañana en un "ristorante" de la Boca, Bertoni se abrazara con Lagrange, aturdiéndolo con sus gritos; que los dos se trenzaran en inacabable charla sobre las cosas del tiempo pasado; y que, finalmente, el primero, siempre entre exuberantes ademanes y ruidosas carcajadas, le explicara que la providencia debía haber preparado aquel encuentro con su viejo amigo Lagrange a fin de que él, Bertoni, dejara de buscar el socio que necesitaba para emprender cierta explotación frutícola en unos terrenos que le ofrecían en venta cerca de Concordia.

Del incidente pasado y de la muchacha que fué su causa suficiente no se habló una palabra. Era probable que Bertoni lo hubiese olvidado lo mismo que a la mujer. También ¡quién diablos va a vivir recordando a todas las mujeres que se le han cruzado en la existencia! Por su parte, Lagrange tampoco preguntó nada. Al pasar, enteróse de que Bertoni estaba casado y que su esposa era una señorita de Pergamino, ciudad en donde aquél había vivido algunos años como representante de una casa introductora de maquinarias agrícolas de Buenos Aires.

Después hablaron del negocio. Tratábase de unas cuantas hectáreas sobre la misma barra del Yuquerí, en las goteras de Concordia, retazo de los campos que fueran de la sucesión de don Bernardo Yrigoyen y que se podía comprar en condiciones extraordinariamente ventajosas. El desembolso inmediato no alcanzaría a diez mil pesos, debiendo continuar los adquirentes con los servicios de una deuda en cédulas del Banco Hipotecario Nacional. Había allí una plantación de mandarinas en plena producción, un criadero de aves organizado con planteles de las mejores razas y un colmenar de primer orden. También se estaba ensayando con buenos resultados el cultivo de espárragos.

—¡Una pichincha!, ¡Una verdadera pichincha! — vociferaba Bertoni con entusiasmos corroborados por vigorosos puñetazos que hacían saltar las cosas de la mesa. No agarraba el asunto por su sola cuenta en razón de que su capital había quedado reducido a unos pocos miles a consecuencia de un mal negocio de lanchas en el Puerto Madero. Buscaba una persona con quien entenderse, cuando tuvo la suerte de tropezar con Lagrange. Una suerte — repetía — porque ¡quién mejor que un antiguo amigo para trabajar en sociedad!

Fué entonces que Lagrange tuvo la intuición de que se le brindaba la oportunidad del desquite con aquel hombrón rudo y algo cándido que se hartaba de sopa de pescado, largando, de pronto, el pan y la cuchara para palmearle las manos con un afectuoso ¡qué viejo Langrange, éste!, lanzado con voz tan poderosa que posiblemente hacía volver la cabeza a todos los que en aquel momento transitaban por la calle Necochea. Pero no era hombre de arriesgar en la puesta más de lo que podía ganar en la jugada. Poseía alguna platita ahorrada, es cierto; mas le había costado demasiado el ganarla para que estuviera dispuesto a exponerla en un negocio vidrioso. Claro que en todo momento entreveía la oportunidad de cobrarse, y con altos intereses, la vieja cuenta que el otro parecía haber olvidado. Sin embargo, él se atenía a la norma de no dar por el pito más de lo que el pito podía valer. Exigió informes concretos y la facundia de Bertoni desbordóse nuevamente, acompañada esta vez de cálculos numéricos hechos a lápiz al dorso de la lista de platos:

—El establecimiento se llamaba "La Barra" y tenía tantas hectáreas de superficie, toda tierra aprovechable. La vivienda era un chalet de material, casi nuevo y muy cómodo; las instalaciones estaban en perfecto estado. Trabajando ellos mismos para reducir gastos, la explotación dejaría, un año con otro, una utilidad neta de ocho mil pesos, sin contar la propiedad, que valdría holgadamente sus ciel mil.

A la prudencia de Lagrange resultábanle aquellos demasiados miles; por otra parte, también había andado por Concordia y le parecía recordar que el terreno no se prestaba para la producción de citrus en aquella zona del distrito, aparte de que en la temporada lluviosa se desbordan los arroyos y no hay cultivo que no quede arrasado por la inundación. La impetuosa dialéctica y la mímica expresiva de Bertoni disiparon victoriosamente sus vacilaciones. Todos los comensales de las mesas vecinas habían seguido la exposición de Bertoni y estaban visiblemente de su parte. Hasta el mozo que los servía y el abúlico personaje que redactaba las adiciones en la caja, hacían converger sobre Lagrange un fuego de miradas que reflejaban el asombro y la indignación de sus espíritus ante las resistencias opuestas a la fortuna que el otro le brindaba con estrepitosa generosidad. Con la última copa de un Lambrusco di Módena espeso como alquitrán y áspero como papel de lija, quedó cerrado el trato y formalizada la sociedad.

Cuando salían del "ristorante", Lagrange tuvo la impresión de que su nuevo socio estaba barajando las cartas que habían de darle el esperado juego. Y se prometió pegar fuerte y sin ascos cuando tuviera las manos llenas.

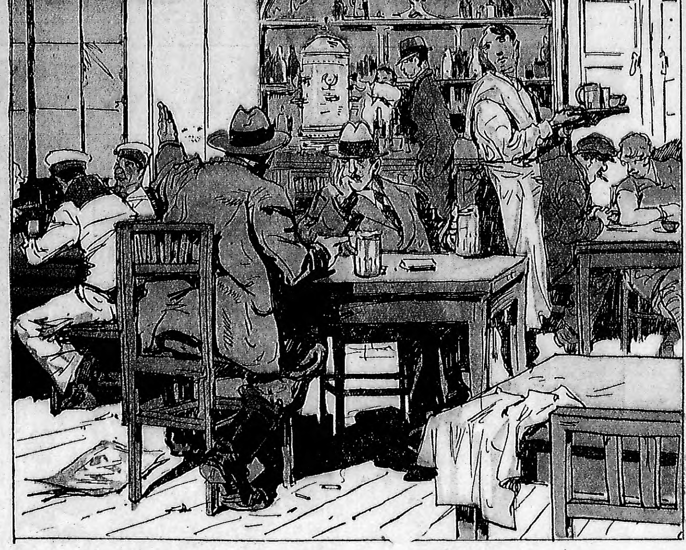
No pensaba exactamente lo mismo dos meses después, ya instalado en el lindo "bungalow" de madera de "La Barra", juntamente con el matrimonio Bertoni. Durante el tiempo transcurrido y la vida en común, Lagrange había establecido ciertas comprobaciones que solía repasar por la noche, tendido en la cama, mientras fumaba solitariamente su pipa de "genuine Bull" de Virginia. Ante todo, el negocio era bueno y si no producía tanto como calculaba Bertoni, resultaba, en resumen, una inversión excelente que aun había de mejorar.

Luego, la esposa de Bertoni era una mujer de treinta años, bonita, bastante fina y un tanto romántica que al lado de su marido daba la impresión de una gacela uncida a la coyunda de un búfalo. Llamábase Albertina y era escrupulosamente honesta; mas la perspicacia de Lagrange le permitía conjeturar que si no pertenecía a la clase de mujeres que faltan a sus deberes no sería injusto incluirla en la categoría de viudas fácilmente consolables en caso de que el marido sufriera una desgracia: cosa, por lo demás, que le acontece a cualquiera y que, en el campo, siempre está más cercana de un hombre de mal carácter como Bertoni que no de una persona tan dueña de sí como Lagrange.

Por último, y esta era la contrapartida de los anteriores asientos — Lagrange era tenedor de libros — si bien el juego se desenvolvía en condiciones satisfactorias, nada confirmaba todavía las esperanzas depositadas en un próximo desquite de la antigua partida. Y eso que ahora, como antes, en la puesta había una mujer y unos pesos. Solamente que ahora la mujer era mejor y los pesos más numerosos que en la jugada perdida años atrás. Todo lo cual traía muy pensativo a Lagrange, hasta que una noche recordó que si bien es cierto que el buen jugador debe saber esperar las cartas que le convienen, tampoco está reñido con la buena conducta del juego el estimular un poco la marcha de la suerte cuando ésta demora demasiado en llegar al sitio donde se la aguarda.

★

Hacía una semana que Bertoni tronaba casi diariamente contra Villalba, un peón del establecimiento que por servir de intermediario entre los dueños y el resto del personal venía a resultar una especie



de capataz. Parecía que al hombre se le hubiera metido el diablo en el cuerpo, porque no pasaba día sin que cometiera una barbaridad que desataba torrencialmente la fácil iracundia de su patrón.

Empezó aquello una noche en que un caballo se coló en el colmenar y derribó doce cajones en sus desesperados esfuerzos por escapar a la persecución de las abejas perturbadas por su intrusión. Bertoni descargó sobre Villalba una tempestad de interjecciones y amenazas, anunciando su propósito de sacar a patadas al haragán descuidado que le había originado semejante perjuicio. Villalba se limitó a responder que no se explicaba lo ocurrido, porque la tarde anterior había cerrado personalmente el portillo que daba al potrero alfalfado de los animales de trabajo. Era un tape pálido y menudo que empezó a trabajar en el establecimiento con los dueños anteriores y que Bertoni estuvo a punto de despedir cuando llegaron, pues se le dijo que el hombre no pasaba por trigo limpio, que tenía fama de cuchillero y que en un proceso por lesiones se había ganado algunos meses de prisión en la cárcel de Concordia. Lo dejó, sin embargo, porque resultó cumplidor, callado y muy conocedor de las tareas que traía entre manos. Aquella tarde no le aceptó la explicación y siguió gritando hasta que Villalba, lanzándole una mirada de reojo, lo dejó plantado, metiéndose en la cocina.

Después fué la historia de una cantidad de arbustos del vivero que debieron ser cargados en el carro para mandarlos a la estación y que quedaron olvidados al sol todo un día, hasta que Bertoni los descubrió, al caer la tarde, cuando regresaba de la esparraguera. El asunto no se aclaró bien porque Villalba arguyó "que el señor Lagrange le había dicho..." y Bertoni negó a Lagrange todo derecho a inmiscuirse en nada que no fuera la contabilidad y las relaciones comerciales de la explotación. Gritaba tanto que la mujer temió algo y salió a tranquilizarlo, llevándoselo adentro, en donde se encaró airadamente con Lagrange, a quien acusó de entrometerse en asuntos que no eran de su incumbencia.

Siempre tranquilo, pero algo molesto, Lagrange negó haber dicho una palabra a Villalba respecto a los dichosos árboles. Sin responderle, Bertorni entró en el cuarto de baño, oyéndosele en seguida chapuzar ruidosamente la cabeza en el agua del lavatorio. Lagrange y Albertina quedaron solos; aquél estaba mudo y hosco; tanto, que la mujer creyó necesario decir algo:

—Tenga paciencia, Lagrange; usted ya conoce el genio de este hombre.

Y suspiró como quien lleva en silencio el peso de una abrumadora cruz.

Dos días más tarde las vociferaciones de Bertoni contra Villalba hubieran podido ser oídas desde el puente de Cambáspaso. La cosa no era para menos. De veinticinco aves encerradas en una jaula para ser entregadas al mayordomo del vapor de la carrera, más de la mitad amanecieron muertas. El mismo Villalba descubrió que en el afrecho mojado que se les diera como alimento la noche anterior había sido mezclado arsénico en polvo del que se usaba para matar las hormigas. No se explicaba cómo pudo ocurrir la cosa, pues él mismo fué quien preparó la comida de las aves, a causa de que el muchacho encargado de ello estaba tirado en un catre, con un tobillo inflamado por una torcedura. Bertoni tampoco admitió aclaraciones y prosiguió rugiendo como él solo era capaz de hacerlo en algunas leguas a la redonda. Villalba era humilde, pero la paciencia de una persona tiene sus límites. Además, aquellos percances sucesivos de que invariablemente se le responsabilizaba habían despertado su desconfianza. Contestó de mal modo, dando a entender claramente "que si se le quería quitar el conchabo no había por qué valerse de mañas que no son de hombres, porque él sabía cómo proceden los hombre y era tan hombre como el que más".

Felizmente, Bertoni no pudo replicar, porque Albertina le avisó que lo llamaban urgentemente desde el pueblo, por teléfono. Era precisamente el mayordomo del vapor, quien, probablemente, reclamaría los pollos.

La tarde pasó tranquila. Se llenó otra jaula que Villalba condujo a Concordia en el carro. Bertoni anduvo por el fondo de la quinta, ocupado en una nueva plantación que estaba formando y sólo regresó a la casa a la oración. Al llegar, la mujer le recordó que al otro día debían ir juntos al pueblo; ella quería hacer unas compras y él, por su parte, aprovecharía el viaje para despachar un giro en el Banco. Mientras comían, se convino en que la llevaría en el Rugby, dejándola en la casa de unas amigas porque quería retornar en la misma mañana para continuar con el naranjal en formación. Por la tarde volvería a buscarla; y en caso de que no se lo consintiera el trabajo, tal vez Lagrange quisiera también darse una vuelta por la ciudad. Este aceptó encantado. Aquella noche sentíase muy contento y alargaron la sobremesa escuchándole historias alegres que sabía contar muy bien cuando estaba en vena.

A primera hora de la mañana siguiente despertaron a Lagrange las voces de Bertoni en el patio. Resultaba que al sacar el automóvil del cobertizo descubrió Villalba que estaba rajado el depósito del radiador, perdiendo agua a todo trapo. Aquello era para hacer arder de rabia al menos propenso y Bertoni siempre se encontraba a un centímetro de la explosión. Casi se arrojó sobre Villalba, manoteándole frente a los ojos y tratándolo de criollo pillo y perezoso que estaba robando la plata que le pagaban los patrones.

Si el capataz no hubiese estado tan sorprendido con lo que pasaba, las cosas habrían tomado un mal sesgo en ese momento. Pero el asombro, sumado a cierto temor supersticioso acerca de la ingerencia malévola de fuerzas desconocidas, que lo asaltó al descubrir el nuevo percance, desviaron su atención, impidiéndole reaccionar en la forma que lo hubiera hecho en otras circunstancias. Como Bertoni continuara chillando mientras esforzábase por reparar el desperfecto, lo interrumpió para decirle, muy digno, que comprendía que allí estaba sobrando y pedía se le arreglara su cuenta de inmediato. "Trabajo no le faltaría en ninguna parte — añadió con tono provocativo — y no se vería obligado a aguantar el mal genio de gente que parecía confundir un obrero con un animal".

Bertoni se calmó de golpe, respondiendo que por la tarde, cuando volviera de la ciudad, lo esperaría en el escritorio para el arreglo pedido.

Reparada como se pudo la avería del radiador, llamó a su mujer, quien ya salía dispuesta para el viaje. Desde la ventana Lagrange admiró la buena presencia de Albertina, vestida con un ceñido traje "tailleur" que hacía resaltar, sin exagerarlas, la elegante morbidez de sus formas. Se dijo que estaba realmente linda y que la vida no sería desagradable con una compañera como aquella, que el bárbaro del marido no sabía valorar.

Poco más tarde bajó Lagrange al escritorio, una piecita en la planta baja, después de desayunarse solo en el comedor. No le gustaba el mate y prefería tomar su café con leche como en la ciudad. Trabajó un par de horas revisando facturas y contestando cartas comerciales. En una pared de aquella pieza, colgada al alcance de la mano de quien estuviera sentado detrás de la mesa, había siempre una magnífica escopeta inglesa de dos caños, cargada con munición patera.

Contempló Lagrange pensativamente la escopeta, silbando entre los labios, la tomó, y armado de ella se alejó despacio hasta la barra, en donde se oyó largo rato hacer fuego sobre los zambullidores. Retornó cerca de las doce y colgó la escopeta en su sitio. Más tarde ,cuando hubieron ocurrido las cosas, se deploró el fatal descuido que lo hizo olvidarse de recargar el arma ,como era costumbre de todos los que la usaban.

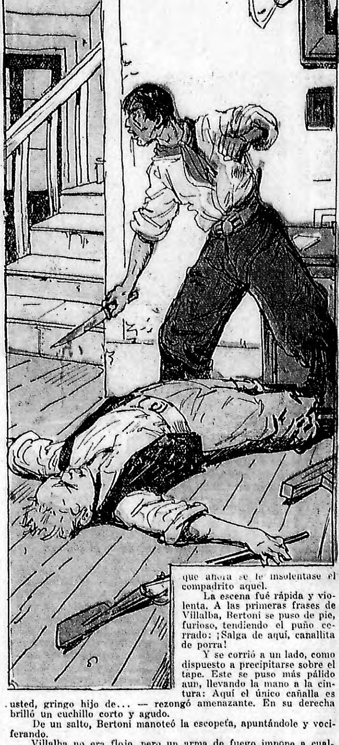
No tardó en llegar Bertoni ,bastante malhumorado porque había pinchado una goma en el camino y tuvo que trabajar largo rato al rayo del sol para colocar la rueda de auxilio. Almorzaron casi sin cambiar palabra; sólo Bertoni habló del fastidio que e causaba a salida de Villalba. Aquellos criollos — comentó — no tenían dónde caerse muertos y eran más quisquillosos que un español.

Por toda respuesta Lagrange se encogió de hombros. El otro creyó descubrir en aquel gesto la intención de una censura sobre su modo de tratar al personal y guardó silencio, mortificado y colérico. Antes de separarse, sin embargo, abrió la boca para anunciar a su socio que volvería al naranjal, pidiéndole que se trasladara a Concordia en busca de Albertina.

Un par de horas más tarde, afeitado y arreglado, Lagrange empuñó el volante y puso el coche en marcha, despidiéndose de su socio con un saludo amistoso, apenas respondido por aquél. El hombre seguía alunado. Antes de salir, Lagrange buscó a Villalba con la vista; el capataz se hallaba en el cobertizo, ajustando los sunchos de un barril. Cuando ya se alejaba el coche, Bertoni le dió una voz, gritándole algunos encargos. Lagrange asintió con la cabeza y se marchó.

Cambiando de idea, Bertoni no fué al naranjal, pasando el resto de la tarde en los gallineros, acompañado de un peón. Bajaba ya el sol cuando volvió a la casa, entrando al escritorio. Villalba debió haberlo estado espiando, porque se le presentó en seguida, vistiendo la ropa de salida. El chino estaba más pálido que de costumbre y abordó al patrón con el acento y el gesto de quien lleva malas intenciones.

Posiblemente, Bertoni abrigaba el propósito de retener al capataz, hablándole amistosamente y hasta explicándole que no debiera dar demasiada importancia a las palabras que profería, cuando se le subía la mostaza a las narices. Pero l actitud del otro removió todo el fondo de irritación sedimentado en su ánimo durante un enojoso día de contrariedades. Lo único que la faltaba — pensó — era



que ahora se le insolentase el compadrito aquel.

La escena fué rápida y violenta. A las primeras frases de Villalba, Bertoni se puso de pie, furioso, tendiendo el puño cerrado: ¡Salga de aquí, canallita de porra!

Y se corrió a un lado, como dispuesto a precipitarse sobre el tape. Este se puso más pálido aun, llevando la mano a la cintura: Aquí el único cañalla es usted, gringo hijo de... — rezongó amenazante. En su derecha brilló un cuchillo corto y agudo.

De un salto, Bertoni manoteó la escopeta, apuntándole y vociferando.

Villalba no era flojo, pero un arma de fuego impone a cualquiera. Además, prefería pelear afuera, donde tendría más libertad de movimientos. Brincó hasta la puerta, seguido de Bertoni e insultándolo para exasperarlo. Así se encontraron los dos en la galería, a dos metros de distancia el uno del otro. Bertoni apuntó otra vez, gritando: ¡Te voy a pagar tu cienta en plomo, en chumbos te voy a arreglar!

Agachándose como un gato, Villalba atropelló, haciendo viborear el cuchillo: Asegurá bien, porque...

Bertoni apretó el gatillo y sólo se oyó el ruidito seco del hierro percutiendo sobre el hierro; quiso disparar el segundo cartucho y tampoco dió fuego el arma. Desesperado ,trató de ganar la escalera para subir al primer piso, pero el otro no le dió tiempo. Se le fué encima ,verde de rabia y reluciéndole en los ojos un fulgor asesino:

—¡No te dije!...

El cuchillo se hundió una y otra vez en el pecho y el vientre de Bertoni, cortándole las manos cuando éste pretendía parar los puntazos. Cayó contra la puerta del escritorio, a tiempo que se escuchaban los gritos de los otros peones que acudían a todo correr. La última puñalada le había partido el corazón.

Villalba se volvió a los tres o cuatro hombres detenidos en el patio. La sangre de su enemigo le empapaba la mano derecha y le había salpicado hasta la cara. Jadeando de fatiga, los habló con siniestra frialdad: El que quiere copar la parada, ya sabe; de no, abran cancha.

Lo dejaron pasar sin moverse ni articular una palabra. El tape se apoderó de una bolsa que tenía lista con sus cosas y se dirigió, sin apuro, a la costa, para tomar la canoa en que cruzaría el río hasta la ribera uruguaya.

Cuando se hubo perdido de vista, unos se acercaron al cadáver de Bertoni, mientras otro llamaba apresuradamente por teléfono a la comisaría de Suburbios. En ese mismo momento sonó la bocina del automóvil que volvía con Albertina y Lagrange.

Al día siguiente, cuando volvió del entierro de Bertoni, Lagrange mantuvo una larga conversación con Albertina. La mujer estaba más tranquila de lo que podía esperarse y encaraba el porvenir con mucho buen sentido y serenidad. Convinieron en que ella partiría a Buenos Aires para regresar quince días más tarde con una sobrinita que la acompañaría en "La Barra", donde resolvió quedarse, continuando la explotación de la finca con el socio de su marido.

Por la noche, tendido en la cama, Lagrange cargó su pipa de "genuine Bull" y reflexionó detenidamente sobre los acontecimientos pasados. Después de todo, habíanse confirmado sus intuiciones de jugador. El pobre Bertoni terminó por darle buen juego para el desquite. Una escalera real.

Telegrafía de Ultratumba

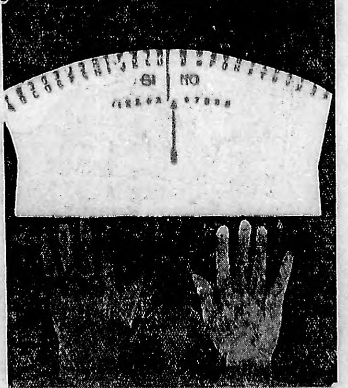
DESDE la mesa giratoria de que se sirvió Víctor Hugo, hasta las apariciones fantasmales caras al gran físico William Crookes, pasando por la escritura inspirada que practicaba Francisco Sarcey, hay, para el espiritista, un gran número de medios para entrar en comunicación con el más allá que es en esencia, para él, el mundo de los "espíritus".

La "tiptología" fué la primer técnica y permanece siendo aún la más usada; se expresa al principio por golpes dados en las paredes o crujidos de los muebles, después dió rápido nacimiento a la práctica muy usual y muy conocida del trípode, una de cuyas patas se levanta y golpea al caer.

Contando los golpes según la correspondencia numérica del alfabeto, se obtiene una telegrafía rudimentaria, cuyo único inconveniente es la excesiva lentitud.

Allan Kardec, que fundó el espiritismo en el siglo pasado, había ya tratado de perfeccionar el sistema de los mensajes espiritistas y aconseja en sus obras diversos medios, entre ellos un canastito de mimbre al cual se adapta un lápiz; sobre el fondo del canasto dado vuelta, el medium (sujeto apto para servir de intermediario con los espíritus) posa una o dos manos, y el canasto se mueve en todos los sentidos, arrastrando el lápiz sobre una gran hoja de papel, donde se escriben así las respuestas del espíritu.

Al ser desechado, este procedimiento primitivo dió nacimiento a dos medios más directos: la tablilla, con el mismo procedimiento operatorio que el canasto, y la escritura directa, en la cual el medium tiene por sí mismo el lápiz, suprimiendo el adminículo superfluo.



La tablilla misma se ha modificado; en lugar de añadírsele un lápiz, está munida de una punta indicativa y se mueve mediante bolitas que permiten un traslado ultrarápido en todos sentidos. En lugar de escribir, corre sobre una gran tabla que contiene el alfabeto, las cifras y las palabras "si" y "no". Su índice va de un signo a otro como lo haría el dedo de un dactilógrafo sobre el teclado de su máquina. Un "medium" entrenado puede hacer mover la tablilla con tal velocidad que sólo las personas muy habituadas a este género de ejercicios pueden traducir la comunicación.

El alfabeto psicoautomático es una variante usada entre los espiritistas ingleses y franceses. Para obtener resultados son necesarias dos personas. El medium o en su defecto una persona sensitiva, que tenga la fuerza fluídica necesaria para hacer que una pequeña tabla golpe, y el interlocutor que evoca el espíritu, lo interroga e inscribe la respuesta recibida por medio del alfabeto.

El sensitivo o medium aplica sus dos manos sobre la tablilla dotada de un movimiento de va y viene y espera, pasivo, la comunicación que va a sugerirle el espíritu accionando la tablilla.

Así se resume toda la técnica de las comunicaciones con ultratumba y subraya —para cualquiera que tenga nociones precisas de psicofisiología — el rol que el subconsciente puede jugar en las respuestas atribuidas a los espíritus.

El gran argumento contra esta explicación científica es que ciertas respuestas pasan el cuadro de conocimientos generales y propios del medium. En la sesión del 28 de febrero de 1913, el medium Dorian Sinclair escribió íntegramente un mensaje en latín, lengua que desconocía en absoluto. Y ni siquiera puede tratarse de una transmisión del pensamiento, pues el que oficiaba de interlocutor, tampoco sabía latín.

LUIS GASTIN

Ilustración de Somero

La Bestia, *por Amadeo A. Courel*

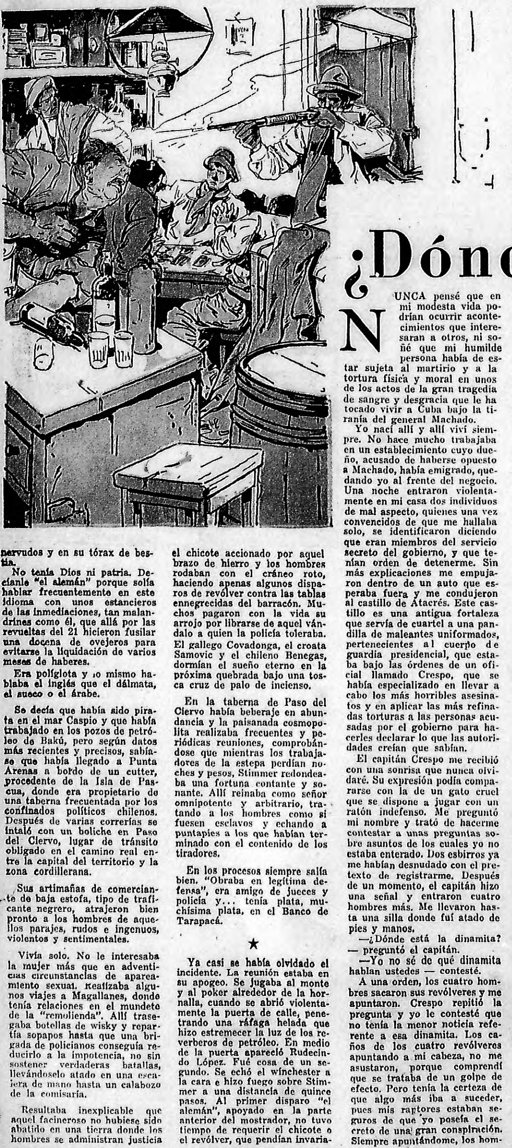
—VEA don Stimer, no le maltrate, no le pegue, es un buen muchacho. Tiene mala bebida, pero es un muchacho de ley. Vea que es un criollo...

Pero "el alemán", enardecido en la tarea de aporrear al ovejero, no paraba mientes en los consejos y comedidas insinuaciones que se le dirigían. Seguía pegando sin lástima.

Rudecindo López trastabilló y dando tumbos, impulsado por el formidable empellón final, fué a parar a varios metros de la puerta, rodando sobre la alfombra de nieve, que atenuó un tanto el golpe de la caída. Permaneció atontado unos segundos y se levantó despacio. En su cara tallada a hachazos, curtida por los ventarrones y las heladas, se cristalizaron dos lagrimones de rabia. Refugió en su mirada de bestia castigada una suprema determinación. Renqueando se dirigió al palenque y montó en el alazán, desapareciendo por la quebrada del Sur hacia el puesto de "Las Poroteras".

★

¿Quién no conocía en toda la cuenca del Lago al "alemán" Stimmer? Eran igualmente famosas sus borracheras y las trompeaduras que propinaba. Los malandrines lo temían y los hombres de bien lo despreciaban con un poco de prudente previsión. No era cosa fácil ni cómoda tener que habérselas con aquel energúmeno de pecho de gorila y puños de martillo-pilón. Con sus dos metros de estatura, su pecho hercúleo y su cabeza de microcéfalo, reencarnaba la personificación de uno de aquellos bárbaros rubios de las hordas de Atila. Tocado con un casco, vestido con una piel de oso y empuñando una lanza, podría haber servido de magnífico modelo para algún cuadro de la mitología germana. Presentaba tatuajes obscenos en sus brazos



nervudos y en su tórax de bestia.

No tenía Dios ni patria. Decíanle "el alemán" porque solía hablar frecuentemente en este idioma con unos estancieros de las inmediaciones, tan malandrines como él, que allá por las revueltas del 21 hicieron fusilar una docena de ovejeros para evitarse la liquidación de varios meses de haberes.

Era políglota y lo mismo hablaba el inglés que el dálmata, el sueco o el árabe.

Se decía que había sido pirata en el mar Caspio y que había trabajado en los pozos de petróleo de Bakú, pero según datos más recientes y precisos, sabíase que había llegado a Punta Arenas a bordo de un cutter, procedente de la Isla de Pascua, donde era propietario de una taberna frecuentada por los confinados políticos chilenos. Después de varias correrías se intaló con un boliche en Paso del Ciervo, lugar de tránsito obligado en el camino real entre la capital del territorio y la zona cordillerana.

Sus artimañas de comerciante de baja estofa, tipo de traficante negrero, atrajeron bien pronto a los hombres de aquellos parajes, rudos e ingenuos, violentos y sentimentales.

Vivía solo. No le interesaba la mujer más que en adventicias circunstancias de apareamiento sexual. Realizaba algunos viajes a Magallanes, donde tenía relaciones en el mundete de la "remolienda". Allí trasegaba botellas de wisky y repartía sopapos hasta que una brigada de policianos conseguía reducirlo a la impotencia, no sin sostener verdaderas batallas, llevándoselo atado en una escalera de mano hasta un calabozo de la comisaría.

Resultaba inexplicable que aquel facineroso no hubiese sido abatido en una tierra donde los hombres se administran justicia por medios personales y expeditivos; pero el alemán Stimmer no era un hombre, era una bestia invulnerable, que recibía las balas y las puñaladas como un estimulante a su naturaleza combativa y a su potente animalidad. Su cuerpo parecía un arnero. Allí donde no tenía el tatuaje de alguna mujer desnuda, de un ancla o de un loro, ostentaba la cicatriz de un tremendo hachazo o las huellas de una granizada de plomo. Su piel era un muestrario de la violencia trashumante y un museo de la canallería internacional.

Entre risotadas ensordecedoras y juramentos en todos los idiomas refería sus hazañas. Una vez en Tiflis un tártaro le atravesó un hombro con el yatagán. Arrancóselo con la otra mano y le rebanó la cabeza al asiático. En otra ocasión lo atacaron en Valdivia siete rotos armados de cuchillos. Los desarmó a todos y mató a dos, hundiéndoles el cráneo con sendos puñetazos.

Al contar estas cosas reía en forma tan ruidosa y bestial que hacía retemblar los vidrios del boliche.

Una especie de aureola de superstición fué rodeando progresivamente al alemán Stimmer ante los casos palpables de su inmunidad física. En los múltiples entreveros en que actuara, jamás sus contrincantes tuvieron la suerte de herirlo en partes vitales del organismo. Su carnadura de perro lo restituía en seguida al teatro de sus violencias. Se decía que durante sus correrías por el trópico se había provisto de plumas de caburé, el talismán que otorga la invulnerabilidad a su poseedor.

Muchas veces se fraguaron conatos de reacción general contra el energúmeno, pero descubierta la "conspiración" funcionaba el chicote accionado por aquel brazo de hierro y los hombres rodaban con el cráneo roto, haciendo apenas algunos disparos de revólver contra las tablas ennegrecidas del barracón. Muchos pagaron con la vida su arrojo por librarse de aquel vándalo a quien la policía toleraba. El gallego Covadonga, el croata Samovic y el chileno Benegas, dormían el sueño eterno en la próxima quebrada bajo una tosca cruz de palo de incienso.

En la taberna de Paso del Ciervo había beberaje en abundancia y la paisanada cosmopolita realizaba frecuentes y periódicas reuniones, comprobándose que mientras los trabajadores de la estepa perdían noches y pesos, Stimmer redondeaba una fortuna contante y sonante. Allí reinaba como señor omnipotente y arbitrario, tratando a los hombres como si fuesen esclavos y echando a puntapies a los que habían terminado con el contenido de los tiradores.

En los procesos siempre salía bien. "Obraba en legítima defensa", era amigo de jueces y policía y... tenía plata, muchísima plata, en el Banco de Tarapacá.

★

Ya casi se había olvidado el incidente. La reunión estaba en su apogeo. Se jugaba al monte y al poker alrededor de la hornalla, cuando se abrió violentamente la puerta de calle, penetrando una ráfaga helada que hizo estremecer la luz de los reverberos de petróleo. En medio de la puerta apareció Rudecindo López. Fué cosa de un segundo. Se echó el winchester a la cara e hizo fuego sobre Stimmer a una distancia de quince pasos. Al primer disparo "el alemán", apoyado en la parte anterior del mostrador, no tuvo tiempo de requerir el chicote o el revólver, que pendían invariablemente de la estantería. Recibió el balazo en pleno pecho y se tambaleó, pero siguió parado. El segundo disparo le dió en la cara, desplomándolo. Ya en el suelo, siguió recibiendo la descarga, que, metódicamente, con intervalos matemáticos, iba enviándole López desde la puerta. A cada disparo el cuerpo del coloso se convulsionaba en una contracción seguida de sordos gruñidos, hasta que las últimas balas penetraron en una materia ya inerte.

Terminada la labor de su venganza, Rudencindo López arrojó el winchester hacia afuera y penetró en la sala. Un camarada le ofreció el vaso. Bebió despacio y recibió el homenaje silencioso de aquellos hombres.

—Andate en seguida, hermano, tomá por la quebrada de Río Penitente. De allí a la frontera queda poco. Por paso Angostura pasarás bien la Cumbre, pues allí la nieve no carga mayormente. Lo mataste a sangre fría y esto te perjudica. Andate, hermano.

Surgieron a porfía espontáneos ofrecimientos de dinero. Aflojáronse los tiradores y el héroe recibía atolondrado los puñados de billetes que apresuradamente le entregaban sus amigos.

—Andate en seguida, aconsejó Sandoval. No sea que aparezca Sanabria. Ya sabés que los días sábado sabe venir por acá. Andate que nosotros arreglaremos...

No había sido formulada la última advertencia cuando se abrió nuevamente la puerta, apareciendo un nuevo personaje muy conocido de todos. Era el sargento Sanabria cuya recia figura se recortaba fuertemente sobre el fondo blanco de la nieve. Con la parsimonia que le era habitual, cerró la puerta tras sí y se acercó lentamente hacia el cadáver del alemán.

Venía solo. Había mandado al cabo con los dos agentes a proceder en un hecho ocurrido en Cerro Leones y "quiso dar una "güelta" por lo de don Stimer "pa ver a los muchachos", pero no palpitaba que hubiera acaecido aquella "disgracia".

Se impuso minuciosamente de todo lo ocurrido y como hombre de ley procedió sin dilaciones. Hizo montar a caballo al detenido y partieron ante la muda consternación del paisanaje.

Por el camino iba reuniendo más pormenores sobre el suceso. Rudecindo no se mostraba arrepentido. Hablaba despacio, con la cabeza inclinada sobre el pecho, mientras los mancarrones, al tranco, hacían rechinar bajo sus cascos los cristales de la helada.

—¿Así que lo achuraste, muchacho?

—Sí, sargento. A un crioyo no se le trata como a perro sarnoso. Me madrugó, me sacó el revólver de la pistolera y a los rebencazos y patadas me llevó hasta la calle. Usté sabe que es hombre juerte como toro. Yo no vide más y me juí a Las Poroteras a buscar el binchester. Lo demás ya lo sabe, sargento.

—Ajá, pero... hay premeditación, muchacho. Vos lo despachaste a sangre fría y eso te perjudica.

—No, sargento; la sangre de un crioyo atropeyao en mala lay, tarda mucho en enfriarse. Era un verdugo, usté lo sabe, sargento.

—Ajá...

El sargento Sanabria se sentía invadir por aquel fuerte sentimiento que lo llenaba de admiración ante las hombradas. Se sintió criollo una vez más desde los pies a la cabeza y sofrenó el matungo cuando juzgó que se hallaba en lugar propicio para poner en práctica los planes que venía gestando. Permaneció unos momentos en silencio, ensimismado, como haciendo examen de conciencia y luego profirió sentencioso:

—Bueno, muchacho, andate y que Dios te ayude. Ya sabés que por Río Penitente no queda lejos la frontera...

★

Quedóse solo Sanabria, y cuando Rudecindo había desaparecido de su vista a galope tendido, desenfundó el colt de reglamento y se agujereó la veterana chaquetilla con un balazo sabiamente aplicado. Después sacó de "las maletas" el porrón de "giñebra", tomó un buen taco y enderezó al tranco hacia el destacamento.

La luna iluminaba de lleno aquel rostro de criollazo donde se pintaba la satisfacción que produce una de esas buenas obras que la ley no perdona.



Ilustración de Rojas

Honor de Peatón

★

DISTINGUIDO colega: Días pasados recibí la visita de dos señores que se presentaron titulándose padrinos suyos. Me sorprendieron en verdad por cuanto hasta ese momento yo creía que lo que se usaba en cuestión de padrinazgos era una yunta bisexual, es decir, un padrino y una madrina. Eso de prodigar los padrinos machos por partida doble puede resultar peligroso para nuestra cultura, pues bien sabe usted que quien dice padrino, dice compadre...,

Mi extrañeza aumentó cuando supe que la única relación que dichos señores tenían con el bautismo era el mensaje que me traían de sus propósitos de romperme la crisma.

Quedé con ellos en contestarle a usted directamente dándole toda clase de explicaciones — tal como perentoriamente me exigieron, — y aquí las hallará si se digna leer los renglones que siguen:

El origen de nuestro asunto parece ser que fué ciertas apreciaciones críticas que me permití acerca de su obra literaria, o — no recuerdo bien — algunos comentarios que hice al margen de críticas suyas a mis libros.

Tratándose de un asunto de índole puramente literaria, me parece que debíamos habernos mantenido en todo momento dentro de la literatura, pues hacer intervenir otros elementos heterogéneos en la discusión es introducir un confusionismo que sólo puede favorecer al que esté más falto de razón. Y créame que eso a mí no me conviene.

Yo dije, si mal no recuerdo, que era usted un mal poeta o un peor crítico, y su actitud ha venido a confirmar mi acierto en cualquiera de los dos casos. Mal crítico por no ser capaz de prolongar una discusión con argumentos puramente dialécticos y peor poeta porque es usted un descreído de la literatura. Es más; no solamente no cree usted en ella, sino que estima que no es profesión digna de varones, sino una especie de vergonzante crochet o maniático solitario indigno en manos varoniles. Si no fuera así, si en verdad creyera usted en la dignidad de la literatura, hubiera recurrido a ella como a la más noble de las armas para rechazar mi ataque o contraataque.

Pero estando íntimamente convencido de que esa actitud no es la que corresponde a un varón, es decir, que quien sólo recurre a su inteligencia y a su conciencia limpia para demostrar sosegada y tranquilamente que la justicia le asiste, no es suficientemente hombre, usted desconfía, mejor dicho, menosprecia nuestra profesión.

Su actitud es además una confesión tácita de que pasa su vida en una ocupación y ejercicio que considera desdoroso. Allá usted.

Por mi parte, sostengo opiniones diametralmente opuestas. Creo en la virilidad y en la honorabilidad de nuestra profesión. Por eso la he elegido y persevero en ella.

No voy a perderme por las ramas de la estimativa, ni a dilucidar si la nuestra es o no la mejor de las profesiones posibles. No quiero repetir tampoco el discurso sobre las armas y las letras, más propio del caletre de manchegos de sesos vanos.

Lo que quiero dejar bien en claro es que no siendo un renegado ni un tránsfuga, creo a mi ejercicio habitual tan digno como el que más, siempre, naturalmente, que con dignidad se ejerza, que de lo contrario ninguno hay de tanta fuerza de virtud que supla por su solo influjo la falta de decoro de quien lo ejecuta.

Me parece bien, pero muy bien, que dos señores militares que se pasan la vida rayando veredas con sus espuelas, cuando tienen un entredicho no se anden con cartitas ni correveidiles, ni se dirijan ingeniosos epigramas, sino que se limiten a coger sendos sables o pistolas, y poniendo en juego su habilidad profesional, liquiden el asunto.

De la misma manera creo que el deber de dos abogados en parecidas circunstancias es recurrir a los tribunales para que ellos diluciden el grado de razón de cada uno.

Y apurando el tema que trato, y con perdón (como dicen los campesinos cuando van a decir algo imperdonable), encuentro lógico que dos bandoleros se entiendan a puñaladas y dos mulos a coces.

En cada uno de estos ejemplos los interesados procederían muy cuerdamente y de la manera más adecuada para sostener el decoro de su profesión respectiva (que a veces es también profesión, y remunerativa, el ser mulo), y no avergonzados de ella, como quien ha cometido un error al elegirla. Y así aplicando la enseñanza a nuestro asunto, creo que tratándose de dos literatos y de un asunto literario suscitado entre ellos, es tan ilógico resolverlo a coces, como por un pleito o en duelo, ya sea éste a pistola, a sable o a plebeyísimas puñaladas.

Lo natural, lo elegante, y sobre todo lo viril, es decir, lo humano, es resolverlo por nuestros propios medios, por nuestras propias armas.

Es muy posible que estas consideraciones mías le hagan sonreír, por recordarle a cierto melodramático monólogo resobado por todos los centros de aficionados, que se titula "La Huelga de los Herreros".

Lo siento mucho, porque en realidad es triste considerar que a veces hay más lógica en tales engendros que en las actitudes de quienes se consideran a sí mismos literatos de categoría.

También es casi seguro que mi actitud al darle estas humildes explicaciones, le resulte incomprensible por no ser la que a su criterio correspondería a un caballero.

A esto debo contestarle que si usted me consideraba como tal, estaba en el más lamentable de los errores, pues no he sido ni soy, y acaso muera sin serlo nunca, caballero, ya que en mi vida puse los pies sobre un estribo, ni me aupé sobre los lomos de tan nobles bestias. Soy tan solo un modesto peatón, tanto en las cuestiones locomotivas como en lo relativo al honor.

Parece ser que el hecho de montar a caballo, hace ver al mundo de un modo distinto; pues, como le repito, jamás me he subido ni en los de las calesitas, pues ya en los días de mi infancia, mis deseos de conquistar el mundo se manifestaban puerilmente por la costumbre adquirida de abrazarme a un barrote y tratar de sacar la argolla, infantil símbolo de los premios municipales, que me permitiera dar otra vuelta gratis.

Mi honor de peatón, es decir, de hombre que cumple los edictos municipales sobre portación de armas, y de hombre que vive de su inteligencia y no de supuestas facultades para ensartar prójimos, me aconseja resolver municipal e inteligentemente mis diferencias, en especial con aquéllos que se dicen de mi misma profesión.

Mi honor me obliga a probar que yo tuve razón en mis apreciaciones, o a demostrar que usted no la tuvo al denigrarme, pero a dejar bien aclarado este asunto, de tal manera que en los venideros tiempos nadie con mediana inteligencia pueda dudar al respecto.

Y en modo alguno me permito dejar librado al azar de un tiro que por salírsele a usted desviado o por lamentable olvido de los encargados del consabido escamoteo, pudiera matarme, dejando a las generaciones futuras frente al terrible problema de nuestro honor.

Es éste, fíjese bien, mi honor de persona civilizada, el que me impide faltar al quinto mandamiento de la ley, no sé si de Dios o de Moisés, y al artículo no sé cuánto del Código Penal, que ordenan no matar, y al undécimo mandamiento de la ley de los hombres que dice: "no hacer el ridículo en vano".

Lamentando defraudar la expectativa ávida de truculencias de sus padrinos, los que podrán consolarse con cualquier sexta edición de los tiempos que corren, me es grato saludar a mi apreciado enemigo, a quien deseo una larga serie de desaciertos literarios, vale decir, muchos años de vida.

E. González Lanuza

Ilustración de Sorasábal

¿Dónde Está la Dinamita?

NUNCA pensé que en mi modesta vida podrían ocurrir acontecimientos que interesaran a otros, ni soñé que mi humilde persona había de estar sujeta al martirio y a la tortura física y moral en unos de los actos de la gran tragedia de sangre y desgracia que le ha tocado vivir a Cuba bajo la tiranía del general Machado.

Yo nací allí y allí viví siempre. No hace mucho trabajaba en un establecimiento cuyo dueño, acusado de haberse opuesto a Machado, había emigrado, quedando yo al frente del negocio. Una noche entraron violentamente en mi casa dos individuos de mal aspecto, quienes una vez convencidos de que me hallaba solo, se identificaron diciendo que eran miembros del servicio secreto del gobierno, y que tenían orden de detenerme. Sin más explicaciones me empujaron dentro de un auto que esperaba fuera y me condujeron al castillo de Atacrés. Este castillo es una antigua fortaleza que servía de cuartel a una pandilla de maleantes uniformados, pertenecientes al cuerpo de guardia presidencial, que estaba bajo las órdenes de un oficial llamado Crespo, que se había especializado en llevar a cabo los más horribles asesinatos y en aplicar las más refinadas torturas a las personas acusadas por el gobierno para hacerles declarar lo que las autoridades creían que sabían.

El capitán Crespo me recibió con una sonrisa que nunca olvidaré. Su expresión podía compararse con la de un gato cruel que se dispone a jugar con un ratón indefenso. Me preguntó mi nombre y trató de hacerme contestar a unas preguntas sobre asuntos de los cuales yo no estaba enterado. Dos esbirros ya me habían desnudado con el pretexto de registrarme. Después de un momento, el capitán hizo una señal y entraron cuatro hombres más. Me llevaron hasta una silla donde fuí atado de pies y manos.

—¿Dónde está la dinamita? — preguntó el capitán.

—Yo no sé de qué dinamita hablan ustedes — contesté.

A una orden, los cuatro hombres sacaron sus revólveres y me apuntaron. Crespo repitió la pregunta y yo le contesté que no tenía la menor noticia referente a esa dinamita. Los caños de los cuatro revólveres apuntando a mi cabeza, no me asustaron, porque comprendí que se trataba de un golpe de efecto. Pero tenía la certeza de que algo más iba a suceder, pues mis raptores estaban seguros de que yo poseía el secreto de una gran conspiración. Siempre apuntándome, los hombres se me acercaron y me amarraron más seguramente a la silla. Las cuerdas estaban tan tirantes, que sentía los latidos de la circulación en las piernas y en los brazos.

—¿Dónde está la dinamita? — volvió a preguntar el capitán, con un acento amenazador.

Haciendo un gran esfuerzo, pues el dolor apenas me permitía pronunciar una palabra, contesté otra vez que no sabía.

—¡Más fuerte! — gritó.

Entonces empezó un nuevo tormento. Mientras varios hombres ponían cuñas de madera entre las sogas que me sujetaban a la silla, otros me colocaron una cuerda alrededor de la cabeza y usando una barra de acero como palanca, empezaron a darla vuelta poco a poco. Yo sentía como si mi cabeza ardiera y mi cerebro fuera a estallar. Todo quedó a oscuras. Perdí conciencia de lo que sucedía.

Cuando salí de mi desvanecimiento, fué para encontrarme en una de las celdas subterráneas del castillo. Nunca había visto un agujero más inmundo. Era un lugar sin aire, con piso de tierra húmedo y sucio y paredes pestilentes. El boquete que servía de puerta estaba tapado por tablones, por cuyas rendijas entraba apenas un poco de luz. No tenía noción de la hora, ni del tiempo que había pasado. Tenía los brazos y las piernas sin movimiento. Mis pensamientos desordenados fueron interrumpidos por la entrada de un sargento y un soldado. No me hablaron. Sobre un cajón de madera colocaron un jarro de café y un pedazo de pan. Fué entonces que con el horror que es de imaginar, noté manchas de sangre en las mantas que cubrían la miserable cama en la que me hallaba. Otros, antes que yo habían sido llevados sangrando a la misma celda, después de ser torturados.

Más o menos dos horas después, la puerta se abrió de nuevo y el siniestro capitán Crespo entró, acompañado por los mismos individuos que me habían alcanzado el café. Usando palabras que querían ser amables, me avisó que debía decir dónde se hallaba la dinamita. Me dijo que no guardara ninguna consideración hacia mis amigos, pues ellos eran los que me habían denunciado, y eran, por lo tanto, responsables de mi prisión. Se imaginaba que un hombre de campo, como yo, caería en la trampa. Siguió hablando de esta manera por más de diez minutos. Opté por no contestarle ni una palabra. Fué entonces que cambió de tono y de una manera violenta ordenó que me aplicaran el cepo de campaña hasta la hora de comer. Yo había oído hablar del cepo de campaña, pero no sabía que una tortura de esa clase se podía aplicar a una persona en mi estado físico. Este nuevo castigo es aplicado en diferentes formas. En mi caso, me lo hicieron padecer poniéndome varios fusiles debajo de las rodillas, después de obligarme a ponerme de rodillas. Me bajaron la cabeza hasta hacerme tocar el suelo y con una cuerda, cuyos extremos me fueron atados a las muñecas, los torturadores me forzaron hasta que los codos y las rodillas se juntaron, de modo que los fusiles, primero en número de dos, formaron una palanca. La cuerda fué pasada sobre mis hombros y las partes salientes de los fusiles, y mis verdugos empezaron a tirar. La pregunta era siempre la misma:

—¿Dónde está la dinamita?

No estoy seguro con cuántos insultos contesté a esta pregunta, pero lo que sé es que mis verdugos se enfurecieron y aflojando las cuerdas me colocaron dos fusiles más en las piernas y los brazos. Antes de perder por completo el sentido, sentí crujir mis huesos con un ruido seco y penetrante. Después he sabido que estuve quince días en el castillo de Atarés. Cada veinticuatro horas se abría la puerta para dar paso a un esbirro que me traía una taza de café con leche, único alimento que probé durante el tiempo que estuve en ese infierno. En cierta ocasión, un soldado me dijo que el médico que me había revisado después de la tortura, no encontró ningún hueso roto, pero que pasaría un tiempo antes de que pudiera moverme fácilmente, pues mis articulaciones habían recibido serias lesiones. También me reveló que no se me torturaría más, ni se me mataría. Le pregunté cómo podía estar seguro de ello y me contó que aquellos que quedaban en malas condiciones, después de las torturas, eran sacrificados, para que no hablaran, como habían hecho otros, sobre lo que les había pasado. Sabían ya que era inocente e iban a ponerme en libertad, en cuanto estuviera en condiciones de poder caminar. Durante mi prisión, estuve más afligido por las condiciones en que se hallaba mi celda, que por el dolor físico. El agua que tenía para beber — la única, ya que mientras estuve allí no me pude lavar las manos ni la cara — me la traían en una vieja lata, donde bebían también las ratas y nadaban las cucarachas. El único elemento sanitario de que disponía era un tacho de cobre que no fué vaciado ni una vez en los quince días que estuve encerrado. Un buen día un sargento y dos soldados entraron a mi celda, me llevaron a un modesto cuarto de baño donde me permitieron bañarme, afeitarme y ponerme mi ropa. Mi retorno a la civilización me pareció un sueño. Y repetía a cada rato el viejo proverbio español: "nadie sabe lo que tiene, hasta que lo pierde". Después que hube terminado mi arreglo, pude caminar mejor, sin ayuda de nadie. Me dieron una taza de café y me sentí reconfortado. Entonces el sargento me habló:

—Ciudadano — dijo. — Yo no sé porqué usted vino aquí, ni cómo. Lo encontré en este lugar y tengo orden de llevarlo ahora fuera de la zona militar, para que usted pueda irse donde le plazca. Cerca de la puerta del castillo espera un automóvil de alquiler. Tómelo, y el chauffeur, en quien puede confiar, lo llevará donde le ordene.

Hice como me dijeron. Hago constar que no había sido inscripto en registro alguno. Bajo la tiranía de Machado, una persona tenía menos importancia que un animal extraviado.

Me quedé varios días en la Habana, en casa de unos parientes que me rogaron no contara nada de lo sucedido, para no comprometerlos. Pocas personas y de la mayor intimidad fueron avisadas de mi presencia. Por ellas supe que, a pesar de todo, había tenido suerte. A otros prisioneros, antes de ser muertos les habían quemado los ojos, introducido agujas en la columna vertebral, arrancado las uñas con tenazas o dislocado la mandíbula después de extraerles, poco a poco, todos los dientes. En la primera oportunidad me embarqué para el extranjero. Y aquí estoy, alegrándome de que otros hayan hecho estallar la dinamita, cuyo escondrijo, por intermedio mío, que nada sabía, quería averiguar el capitán Crespo.

★

Lorenzo Alvarez

Ilustración de Parpagnoli

LA VOCACION DEL HORNERO

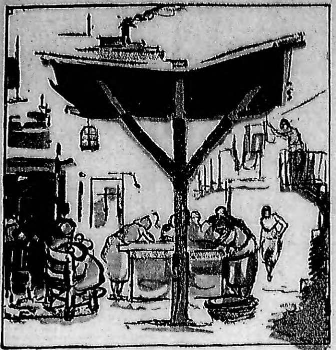
por

Raúl Rivero Olazábal

Ilustraciones de

Parpagnoli





En el conventillo, entre esa pobre gente...

LAS comadres interrumpían la conversación, dejaban libre el paso, recogiendo las piernas y saludaban obsequiosamente al que entraba.

—Buenas tardes, don Pascual.

Este contestaba con reserva, juntaba a sus chicos, que a esa hora jugaban o peleaban con los otros en el patio, y se dirigía con ellos al fondo de la casa, donde su mujer descolgaba ya las últimas piezas de ropa tendida. Luego se encerraban todos en el cuarto, del que ya no volvían a salir para nada en el resto del día.

Una vez adentro, empezaban las quejas. Los demás inquilinos no les demostraban la menor simpatía, y aprovechaban cualquier circunstancia para echarles en cara lo que ellos llamaban orgullo. ¡Orgullo! ¿Orgullo de qué? Tanto don Pascual como su mujer, eran gentes humildes, sin otro motivo de orgullo que su honradez, y ésta no se está pregonando. De una pobreza extrema, no vivían más que para el trabajo: él, en el suyo, todo el día fuera de casa; ella, por el contrario, todo el día metida en la casa, en los oscuros afanes de las mujeres del pueblo; su marido, sus hijos, su cuarto: ese era su mundo. Pero, indudablemente, no se hallaban a gusto en el conventillo, entre esa pobre gente de claros instintos y oscuras razones. Al principio habían querido hacer amistad con los demás inquilinos, deseando, más que nada, evitar rozamientos que hubieran hecho penosa la vida en común. Pero pronto chocaron en mil terrenos, al punto de que don Pascual y su mujer llegaron a considerarse extraños a ese medio que, sin embargo, era su medio. Esa gente estaba muy desengañada, muy aplastada. Ya no creía en nada, ni en su propia redención. Vivía el presente, y gracias. Esa dinastía de la miseria que ellos perpetuaban por derecho divino, había ido precipitando en su alma un sedimento oscuro que, asentado en lo más hondo, subía a la superficie y enturbiaba todos sus actos, no bien la pasión removía ese pesado légamo. Sólo en su juventud, cuando el amor pasaba por sus vidas como un río, ansias indefinibles, vagos anhelos de perfección ponían en su espíritu la flor anémica de un impreciso ideal. Pero no tardaba en apagarse esa llama que tiritaba desnuda en el viento, y después, ya nada, ni el fuego blanco de la maternidad lograba dar un resplandor eterno al barro humano de esa pobre gente. La maternidad era para ellos el precio inexorable del placer. Y el placer, un sucedáneo de la muerte. En todo lo demás, su estómago era la fuente próxima o remota de sus convicciones.

¡Pobres gentes! Eran dignas de compasión por la dureza de sus vidas sin ninguna esperanza. Don Pascual y su mujer se daban cuenta de eso; bien conscientes de su propia pequeñez, sentían oscuramente, sin embargo, que llevaban algo adentro que los elevaba sobre su miseria, y se apiadaban de los que, por carecer de ese algo, vivían encadenados a esa misma miseria. Pero éstos no podían entenderlos, y atribuyeron a orgullo, al orgullo más ilegítimo y digno de lástima, lo que en sus nuevos vecinos no era más que ilusión, afán de mejorar, confianza en la venida de días más serenos. Y como aquéllos no despreciaban ocasión de aludir a ese orgullo, los "nuevos" empezaron a evitar conversaciones, a mostrarse rara vez en el patio, donde en las tardes solían entablarse charlas animadas. Los inquilinos no dejaron de notar ese cambio, que picó aún más su susceptibilidad y se hicieron lenguas de la "pretensión" de los recién llegados.

Hasta los muchachos, aleccionados por los comentarios de sus padres, se mofaban de los hijos del matrimonio y los tomaban en todo momento para blanco de sus burlas y peleas.

Por eso, cuando al atardecer volvía don Pascual de su trabajo y se encerraba en su cuarto con los suyos, allí eran las quejas y las lamentaciones de su mujer y de sus hijos. Estaban ya cansados de esa hostilidad del conventillo, que habría llegado a convencerlos, aunque ellos nunca lo hubieran creído por sí solos, de que eran efectivamente de otra pasta que sus convecinos. El padre contemporizaba, más por suavizar asperezas que porque él no comprendiera el estado de ánimo de los suyos, y no estuviera también harto de la animosidad de las comadres.

—Tengan paciencia, les decía. Pronto tendremos unos pesos ahorrados y nos iremos a vivir afuera, en una casita que será toda nuestra, para nosotros solos. ¿Entienden? Mientras tanto, procuren no meterse con nadie. No por esto deben ser altaneros. No; es mejor estar bien con todo el mundo; si no se puede estar bien, por lo menos no estar mal. Y el único medio de no estar mal con esta gente, es no meterse para nada con ella. Hagan como yo: —"Buenos días, buenas tardes" y nada más.

El no ignoraba que si eso era posible para él, que no estaba casi nunca en la casa, era, en cambio, muy difícil para su mujer y sus hijos, que debían revolverse todo el día entre los otros; pero, ¿qué otra cosa podía aconsejarles?

Tener paciencia, era la única solución que por el momento les quedaba. Ellos, por su parte, lo sabían perfectamente. Por eso, después de esas crisis, se resignaban una vez más y seguían esperando el instante de dejar todo aquello. Don Pascual les decía que era mejor aguardar a tener su casita para mudarse y no hacerlo ahora cuando, arreglado a lo que podían pagar de alquiler, tendrían que meterse en otro inquilinato donde todo sería por el estilo de aquel en que estaban. El pensaba comprar a plazos un terrenito en las afueras de la capital, de manera de pagar mensualmente lo que ahora pagaban por el alquiler de la pieza. Allí edificaría él mismo una habitación con sus dependencias. Pero para eso, así como para el pago de las primeras mensualidades, precisaba disponer de unos pesos. Esa era su preocupación constante: hasta altas horas de la noche permanecía haciendo sumas y restas cuyo resultado era que al día siguiente ahorrara hasta los centavos de ida y vuelta a su trabajo, haciéndose largas caminatas, lleno de fe.

Es que en aquella alcancía en que guardaban sus ahorros, estaban construyendo poco a poco su casa. De ese modo, cada privación, cada renunciamiento, era una piedra que agregaban al pequeño edificio. La miseria se magnificaba al hacerse más miseria y adquirir un contenido que la ennoblecía. La vida se hacía de una dureza dulce, como de cilicio. Y cada minuto era un paso más que los acercaba a su sueño.

★

Por fin, un día creyó don Pascual que ya habían reunido el dinero suficiente y decidió comprar el terreno.

Esto, que al principio les pareció tan sencillo —una vez conseguido lo más importante, que era el dinero— no fué así, sin embargo, y les ocasionó no pocos trabajos y preocupaciones. Pero al fin, después de mil titubeos, se decidieron por uno, ubicado en un pueblito suburbano que recién empezaba a formarse.

Junto con ellos, bajo la enorme carpa listada en que se loteaba todo el campo vecino, compraron terrenos, agricultores y gentes de modestos recursos, los que en el futuro formarían sin duda la pequeña burguesía de la villa.

Concluída la compra, don Pascual y un amigo suyo, medio constructor, ayudados por el mayor de los hijos de aquél, edificaron en poco tiempo la casita, que constaba por el momento de una sola pieza y tenía al costado una galería de zinc. Cercaron el terreno, sembraron atrás unas cuantas legumbres y al frente unas plantas de flores, hicieron la vereda de ladrillos y, en compañía de varios de los flamantes vecinos, desmontaron la calle.

Hasta que un día no hubo nada más que hacer, sino mudarse. Don Pascual y los suyos abandonaron el conventillo.

Una hora más tarde llegaban a la puerta de su nueva casita, donde ya estaba esperándolos el carrito cargado con sus muebles oscuros. Entraron.

★

Pasó el tiempo. Los muchachos crecieron y la casa también. Cada dos o tres años, cuando se lo permitían sus recursos, don Pascual le agregaba una pieza. A los diez, terminó de pagar el terreno y entonces se dedicó a embellecerla y a dotarla de un relativo confort.

Los muchachos se hicieron mozos. Los dos mayores se emplearon. Victoria, la tercera, era maestra de un colegio de la capital. Con el dinero que aportaban los tres pudieron vivir con más desahogo y pudo don Pascual, que ya empezaba a envejecer, quedarse a descansar en su casa, vale decir a trabajar en su casa. El la había construído con sus manos, y la había visto crecer con sus hijos. En la actualidad, cuando ya ellos no necesitaban tanto del cuidado de los padres, éstos no hubieran tenido casi finalidad en la vida, a no ser por la casa, que aún necesitaba sus cuidados. Los que siempre han vivido en casas alquiladas, donde no se pone un clavo por temor a dejarlo, no podrán comprender nunca la hacendosa ternura del que vive en la propia, donde cada ladrillo obedece a su gusto o a sus necesidades. Es entonces cuando el afán de arraigarse encuentra su total satisfacción, y un instinto de hornero se apodera del hombre. Don Pascual se levantaba de madrugada y ya se iba al fondo, donde conservaba siempre una pequeña huerta. Allí se pasaba toda la mañana inclinado sobre la tierra, regando, plantando, escarbando, mientras su mujer iba y venía con el mate.

Cuando ésta se lo alcanzaba, él se incorporaba, se enjugaba el sudor de la cara con el revés de la manga y cambiaba algunas palabras con ella, en tanto sorbía lentamente la cordial infusión. Por la tarde él se entretenía en el jardín, donde coleccionaba toda clase de flores, obtenidas a fuerza de desvelos y cuidadas con amor de maniático. Su mujer, sentada cerca suyo, cosía o tejía, sumida en antiguos recuerdos. Los días transcurrían así plácidamente.

A la caída de la tarde llegaban los hijos de sus respectivos trabajos, y un rato después se sentaban todos alrededor de la mesa, donde la madre servía una vez más la sopa y los platos de siempre. Allí se comentaban las incidencias del día, los sucesos de la calle o de los viajes; se hablaba de los asuntos particulares de cada uno, se tejían los más variados proyectos.

★

Un día Victoria, que había vuelto más cansada que otras veces, se quejó de lo lejos que vivían. El padre le preguntó si no podría cambiar su puesto por otro en la escuela de la localidad.

—Ni soñar, repuso ella. Con las cosas como están, no puedo estar pidiendo comodidades. Gracias que no me dejen en la calle.

Pero estaba cansada, indudablemente; y con razón, pues era un viaje de poco menos de una hora, y debía hacerlo dos veces por día.



El carrito con sus muebles oscuros...

Pronto sus quejas hallaron eco en uno de los varones, Antonio, que andaba pensando casarse y, no teniendo con qué poner casa aparte, había planeado vivir con su familia, para lo cual era chica la casa en que estaban.

Las protestas se hicieron cada vez más frecuentes. Por fin un día don Pascual, ante ese eterno descontento de sus hijos, no pudo menos que echarles en cara su inconciencia.

—¿Qué quieren que hagamos? No podemos trasladarnos con casa y terreno a la ciudad. Ya sé que esta casa está lejos. Pero sólo así ha podido ser nuestra. ¿Con nuestros medios, creen Vds. que hubiéramos podido ser dueños de una casa en el centro? ¿Se han olvidado ya de las que pasábamos en el conventillo? Como entonces tuvimos que armarnos de paciencia hasta el día en que vinimos a esta casa, así ustedes deben tener paciencia ahora que tocan los pequeños inconvenientes de vivir algo lejos. Peores y en mayor cantidad los soportábamos antes.

No se volvió a hablar del asunto. Pero estaba de Dios que ya no podrían vivir a gusto en esa casa. Al menor de los hijos le tocó hacer la conscripción, y lo destinaron a un cuartel de la capital. Sus compañeros salían francos al anochecer y volvían a tomar servicio a la otra mañana. Los primeros días José, con tal de dormir en su casa, hizo lo mismo, encantado. Pero la parte más pesada era la de la vuelta, cuando debía levantarse de noche para tomar el primer tren, pues sino no llegaba a buena hora al cuartel. Pronto todo eso, que se unía a los trabajos de la conscripción, se le hizo demasiado costoso y empezó también a renegar en todos los tonos de la enorme distancia a que vivían de la ciudad. Recrudecieron entonces las protestas de los demás, que volvieron nuevamente a la carga.

—Vivimos lejísimo, decía Victoria. Uno pierde en los viajes la mayor parte del día y las pocas fuerzas que tiene. Entre el trabajo de la escuela, en que hay que matarse lidiando con los muchachos, y el traqueteo de los viajes, no quedan ganas de nada. Yo te aseguro que cuando llego aquí, a casa, lo único que haría con gusto sería meterme en la cama y darme vuelta contra la pared, para que nadie me dirigiera la palabra. Por otra parte, aquí estamos soterrados entre gente ignorante, con la cual no es posible tener amistad. Y para tener amigas, hasta para estar de novia, llegado el caso, es necesario que vivamos en una casa mejor y que no esté tan alejada.

Y en este tono seguía por largo rato la cantilena, a la que hacían coro lo otros hermanos, cada cual con sus motivos y a cual más obstinado.

Los padres procuraban apaciguarlos y hacerles entender que no había que precipitarse por causas que podían desaparecer el día menos pensado, amén de que el servicio militar de José era sólo por ese año, de modo que al siguiente ya no le importaría vivir en un lado o en otro.

Pero ellos argumentaban que, viviendo a esa distancia de todo, nunca podría quedarles nada bien, aunque cambiaran las cosas, que no cambiarían. En cuanto a José, se consideraba incapaz de esperar un año en esas condiciones. En el fondo, había una especie de rebelión en el alma de los hijos contra las ideas de los padres, a causa de las cuales habían pasado una infancia ensombrecida y arriesgaban perder su juventud. Tenían sed de vivir sin sujeciones, por lo mismo tal vez que, gracias a las que los padres se impusieron, ellos ya no estaban en la necesidad de imponérselas para vivir. Y esa sed, esa rebelión se manifestaba contra lo que era la expresión más directa de sus sacrificios pasados, el fruto de sus privaciones: la casa. Y les resultaba intolerable estar sufriendo por ella ese cotidiano padecimiento de los viajes, que era el más evidente.

★

Por fin, después de algún tiempo de continuas protestas y lamentaciones, como el padre los instara a que encontraran un remedio que él, por su parte, no veía al asunto, entraron en el terreno de las proposiciones concretas. Discutieron entre ellos, y por último un día le dijeron a don Pascual:

—Tenemos que mudarnos. Eso está fuera de duda. Alquilaremos, por consiguiente, una casa en el centro. Ahora bien; ¿qué hacemos con ésta? Darla en alquiler no nos conviene, porque estamos expuestos a que no se alquile nunca, a que los inquilinos no nos paguen, a tener que estarla reparando; es decir, a continuos dolores de cabeza. Además, una vez en el centro vamos a tener que renovar el mobiliario, que es muy pobre y está ya muy viejo; para lo cual se precisa dinero. Por todo eso hemos pensado, papá, que usted debe vender esta casa. Es la mejor solución.

El padre abrió mucho los ojos:

—¿Vender esta casa?

—Sí, papá; va a ser lo mejor.

—¿Vender esta casa que empecé a edificar con mis propias manos, después de sacrificarnos durante muchos años privándonos de todo, hasta de lo más esencial, padeciendo dolores y humillaciones, sólo por la esperanza de tenerla algún día? ¿Esta casa que ha ido creciendo junto con ustedes, bajo los cuidados míos y de vuestra madre, como si fuera otro hijo? ¿Venderla ahora, cuando está más hermosa y más cómoda, cuando la quinta y el jardín están recién entregando sus frutos y sus flores? ¿Y qué haríamos nosotros dos en otra casa? ¿De manera que ya no podemos ser felices en ésta, donde siempre lo fuimos?

Los dos viejos tenían los ojos llenos de lágrimas. Los hijos, viéndolos así, no insistieron más por el momento, y cambiaron de tema.

★

Pero la idea había sido lanzada y aunque no se la nombrara, seguía trabajando los espíritus. Por otra parte, las causas externas seguían actuando; todos los días sufrían los hijos las consecuencias del alejamiento en que vivían. Cuando, por la noche, llegaban ellos rendidos de cansancio a su casa, no podían ocultar su descontento.

Un día hizo crisis esa situación. José había perdido el tren que lo llevaba habitualmente a la ciudad. Por consiguiente, llegó tarde al cuartel y lo arrestaron. Cuando pudo volver a su casa hizo un escándalo mayúsculo, despotricando contra la distancia enorme que los separaba de sus obligaciones y que los hacía estar supeditados al horario de trenes, sin otro medio a su alcance.

La cuestión, pues, fué puesta bruscamente sobre el tapete, y esa vez con carácter definitivo.

Los hijos invocaban y exageraban sus razones; el padre les reprochaba su inconsecuencia; la madre —madre, al fin— procuraba conciliar.

—Convénzase, papá; ¿para qué conservar esta casa? ¿Para nosotros? No nos sirve, porque tenemos que vivir en la ciudad. Y como no nos falta con qué pagar allí el alquiler, es mejor venderla y que con el dinero obtenido puedan ustedes viajar, pasear, descansar: recompensarse lo mucho que han hecho por nosotros.

El viejo todavía discutió largo rato. Por último, pidió un tiempo para pensarlo.

Desde entonces se lo vió muy caviloso. Si su mujer le preguntaba qué estaba pensando, contestaba invariablemente que nada y trataba de aparecer comunicativo; pero bien pronto volvía a sumirse en sus meditaciones.

Por fin, un día les comunicó que estaba dispuesto a vender la casa, noticia ésta que fué recibida por los hijos con el júbilo explicable.

Resuelta la cosa, llevarla a la práctica fué cuestión de tiempo. Vendieron la casa y alquilaron otra en la ciudad, que si bien no era de ellos, en cambio era de mucho mejor aspecto, casi suntuosa; y esto era lo principal. ¿Quién sabe si las casas son propias o alquiladas?

★

Después de quince años largos, se mudaban de nuevo, ¡pero en qué distintas circunstancias! Don Pascual recordaba el día en que llegaron a su casita, lo comparaba con éste en que la dejaban para siempre, y una amarga tristeza le llenaba el corazón. Comprendía que se estaba cumpliendo una fecha en sus destinos; que en ese punto empezaba una nueva etapa de su vida. ¡Y con qué poca ilusión la comenzaba él! ¡Con qué mortal cansancio!

★

Una vez instalados en la nueva casa, quisieron renovar su antigua existencia, casi patriarcal a pesar de los naturales afanes del trabajo. Y al parecer, lo consiguieron. Pero en el fondo, no. El viejo árbol había sido trasplantado, pero sus raíces más hondas habían quedado en la tierra de origen y aquí difícilmente arraigaría.

Solía permanecer horas enteras en compañía de su mujer, evocando el pasado, reavivando viejos recuerdos comunes. Otras veces dejaba la casa y vagaba largas horas por la ciudad, sin ningún rumbo y sin más objeto que pasar el tiempo, encerrado en un ensimismamiento del que ya raras veces salía.

¡Ni que se hubiera arrojado a propósito!

Mientras tanto, los hijos se preguntaban qué habría hecho con el dinero de la venta de la casa, ya que, una vez comprados los muebles y pagados los diversos gastos que les originara su nueva situación, debía de haberle quedado una crecida cantidad. Por discreción, no querían averiguarle nada; pero se imaginaban que lo habría depositado en el banco, para evitar preocupaciones.

Una vez salió como siempre a pasear por las calles. Pero no volvió más. A la noche trajeron su cuerpo en una ambulancia. Lo había atropellado un tranvía, en una forma inexplicable, según decían los que habían presenciado el accidente. ¿Cómo es que no había visto el tranvía? ¡Era increíble! ¡Ni que se hubiera arrojado a propósito!

Entre sus ropas tenía una libreta con anotaciones personales, en una de cuyas páginas decía: "No les guardo rencor a mis hijos por haber querido que vendiera la casa. Al fin y al cabo, se cumplía en nosotros esa ley de la vida que hace que los padres no comprendan a los hijos, y los hijos se separen de los padres. Vendí, pues, la casa, conforme a sus deseos. Pero en lo demás, yo era libre de resolver. Y con el dinero de ésa, compré otra casa, otra que nos servirá para siempre y para todos, y de la que nunca más nos mudaremos. He comprado una bóveda. Si es ley de la vida que los vivos se separen, es ley de la muerte que los muertos se unan".

★ FIDELIDAD ★

Escenario: Un interior moderno.

Personajes: DELIA: cabellera y tipo-estilo 1800. Costumbres y piyama de época actual. 25 años.

ELBIO: 30 años. Músculos y traje invierno 1933.

DELIA (aparece caminando con lentitud y se tiende perezosamente en un diván). — Señor marido, me tiranizas.

ELBIO (pasea nervioso por la habitación). — Lamento haber tenido que mandarte llamar... ¿Dormías?

DELIA. — Y no obstante, acudí con prontitud de fea. ¿Qué hora es?

ELBIO. — Las nueve.

DELIA. — ¿Te era absolutamente necesario hablarme tan temprano?

ELBIO. — Sí y lo deploro: por la mañana mi cerebro funciona mal.

DELIA. — ¿Notas mejoría luego?

ELBIO (resuelve pasar por alto la observación). — He recibido una carta de tía Herminia.

DELIA (gentilísima). — ¡Oh, que interesante! La leeremos luego...

ELBIO. — Ella pretende que le respondamos de inmediato.

DELIA. — Imposible. Amanecemos por primera vez en nuestra casa después de haber viajado durante más de un año... ¿piensas en ello?... prefiero mirar a mi alrededor (observa emocionada la decoración suntuosa) ¡nada hay como el hogar!

ELBIO (contagiado). — ¡Tía Herminia derrochó buen gusto!

DELIA. — Y hasta dinero.

ELBIO. — ¡Es bello el estilo moderno!

(Las miradas se pinchan en veinte ángulos, compadecen a una lámpara de hierro cuya cabeza de pergamino cuelga y se refugian en el arte, a quien representa un Quijote afilado que enristra con gesto fiero una vela roja).

DELIA. — Bello y práctico.

ELBIO (a poco). — ¿Te gusta esa mesita que en vez de las tradicionales patas se afirma sobre una especie de megáfono?

DELIA (sin convicción). — Es original...

ELBIO (ya en tren de censura). — Carecen de comodidad estos sillones sin brazos.

DELIA (conciliadora). — ¿Pero el color? esa mezcla de gris y beige desarmoniza de un modo exquisito.

ELBIO (indignación creciente). — ¿Qué se proponen los decoradores modernos suprimiendo a los muebles sus extremidades?

DELIA. — Hacen arte de post-guerra.

ELBIO. — ¿Si llamáramos a este salón: los inválidos?

DELIA. — ¡Genial! Soñaré que aún estamos en París.

ELBIO (riendo). — ¿No afirmabas que nada es mejor que el hogar?

DELIA. — Y lo repito: nada (irguiéndose) después de la France.

ELBIO (a tono). — ¡De acuerdo!

(Vibran en el aire las trompetas de Roncesvalles. El ambiente se llena de erres y evocaciones).

DELIA (encantada). — ¡Que afinidad la nuestra!

ELBIO. — Tía Herminia teme...

DELIA. — Aún no me leiste su carta. Pretendes hacerme morir de curiosidad...

ELBIO (ante la agresión, enarbola el pliego blanco, como una bandera de parlamento). — Dice así...

DELIA (repara que su marido viste traje de calle). ¡Cómo! ¿Recién llegas?

ELBIO. — Voy a salir.

DELIA. — ¿De madrugada? ¿A dónde?

ELBIO. — Debo llevar una respuesta a tía Herminia.

DELIA (a través del stor contempla la calle incolora y al edificio demasiado blanco, que limita su horizonte. Suspira). — Es bella la patria.

ELBIO (suspira). — Sí...

DELIA. — Lejos hemos pasado trece meses magníficos. Dí: ¿por qué regresamos?

ELBIO. — Un viaje de bodas sólo puede durar un año más que el amor de los novios.

DELIA (sonríe). — ¿Opinión de tía Herminia?

ELBIO (galante). — ¡Oh, desde luego!...

DELIA. — Y eres un heredero incapaz de dudar de su experiencia. Pero debiste consultarme.

ELBIO. — Estabas siempre ocupadísima...

DELIA. — Te engañas: durante mi último mes de París lo único importante que hice fué jugar al tennis.

ELBIO. — ...con Carlitos Ramos.

DELIA. — Sí...

ELBIO (subraya). — Y Carlitos Ramos regresó en el mismo vapor que nosotros.

DELIA. — ¿Ibamos a interrumpir nuestros partidos porque se te ocurría embarcarte?

ELBIO (amabilísimo). — ¡Claro que no!

DELIA. — Te aseguro que subí al vapor sin saber a dónde nos dirigíamos. ¡Solías organizar excursiones tan interesantes... Lido... Montecarlo...

ELBIO (entusiasmado). — ¡Y siempre Francia!

DELIA (a su vez, destaca). — París... es decir: Montmartre.

ELBIO. — Me atrae su viejo prestigio.

DELIA. — ¿O los ateliers? En fin, no hablemos de eso.

ELBIO. — Es que tenemos que hablar.

DELIA (dignísima). — ¡Te prohibo que me cuentes tus aventuras!

ELBIO. — ¿Acaso las tuve?

DELIA (confidencial). — Conozco el asunto de Georgette, ¿sabes?, teníamos el mismo peluquero.

ELBIO (enternecido). — Nunca me reprochaste...

DELIA. — ¡Cosas de París!

ELBIO (besa la mano de su mujer). — Eres maravillosa, muchacha... Herminia lo dice en su carta.

DELIA (halagadísima). — ¿Habla bien de mí?

ELBIO. — Pero te acusa de ser muy confiada.

DELIA. — Es que ignora que no existe marido más perfecto que tú.

ELBIO. — ¿A pesar de Georgette?

DELIA. — Precisamente por ella. Elegiste la modelo más cotizada: mi vanidad queda satisfecha.

ELBIO (escandalizado a pesar suyo). — ¡Pero no puedo decir eso a tía Herminia!

DELIA (indiferente). — Inventa otra cosa... a mí no me importa la opinión de la buena señora... ¡bah! una antigualla...

ELBIO. — Querida criatura, comprende...

DELIA. — ¿Por qué se ocupa de nosotros?

ELBIO. — Lo hace con la mejor intención. Figúrate: le han dicho que yo, a bordo, flirteaba con Margarita Hermann.

DELIA. — ¿La dueña del Gran Hotel Hermann?

ELBIO (protesta). — ¡Oh, no!, su hija.

DELIA. — ¿Esa rubia artificial? No lo noté.

ELBIO. — ...porque a tu vez, sólo te ocupabas de Carlitos Ramos.

DELIA. — ¡Elbio!

ELBIO (suave) — Repito una frase de esta carta.

DELIA. — ¡Pero tú no lo crees!

ELBIO. — Muchacha... ¿podría dudar de mi mujercita?

DELIA (dignísima). — Permites que alguien lo haga.

ELBIO. — Herminia se limita a pedir que no expongamos nuestra paz.

DELIA (conmovida). — ¡Pobre señora! Corre a decirle qué buenos amigos somos tú y yo.

ELBIO. — ¿Verdad que acudirías a mí apenas te rondara el menor peligro?

DELIA. — Y tú, júrame que nunca me engañarás...

Se unen las manos y las miradas. Es fuego sagrado el que arde ahora en ese hogar).

ELBIO (dichosamente). — ¿Es posible pensar en traiciones cuando se tiene juventud, verdad, ternura?...

DELIA. — Nos defienden el respeto y la franqueza mutua...

ELBIO (resuelto). — Voy a llevar esa frase a tía Herminia.

(Sale. Frente a una vidriera retoca el nudo impecable de su corbata. Detiene un taxímetro y ordena). — Al Gran Hotel Hermann. ¡Pronto!

DELIA (al quedar sola se instala frente al teléfono y hace girar el disco). — Al señor Ramos, hágame el favor... ¿eres tú, Carlitos? Es para decirte que hoy no vengas a buscarme... ¿sabes? la gente ha empezado a murmurar... inconvenientes de vivir en un país tan chico como la Argentina... Eso es; iré yo a tu casa.



por

Josefina Marpons

Ilustró



Antiguas Penas

★

La más antigua legislación que se conoce, es sin duda la Mosaica. La mayor parte de las penas eran corporales y consistían generalmente en apaleamientos y en la muerte. Las primeras, para delitos leves, no debían sobrepasar de 40 golpes para que el paciente no quedara deforme.

Muy frecuentes eran las penas de muerte, a veces por las causas más insospechadas. Así, se condenaba a muerte a quien había construído una casa con poca solidez, o dejado en libertad un toro furioso, consultado a brujas o adivinos, maldecido a los padres, blasfemado contra el nombre de Dios, y trabajado en un día sábado.

Los suplicios eran terribles. Además de la lapidación, que era lo más común en estos casos, acostumbrábase sacar los ojos al delincuente, serrucharlo, aplastarlo bajo las ruedas de un carro pesadísimo, cortarlo en pedazos, echarlo en horno ardiente, enterrarlo en ceniza, etc.

Ese variado refinamiento de barbarie se encuentra, a decir la verdad, en casi todos los pueblos antiguos, los cuales consideraban el crimen como una ofensa a la divinidad, y el castigo como una venganza de la misma divinidad.

De la ley del talión, ojo por ojo, diente por diente, no hablaremos aquí por ser sobradamente conocida.

Babilonia

De Babilonia tenemos muy pocos datos: el tiempo inexorable ha borrado casi todos los rastros. Donde se alzaban los muros altísimos, casi ciclópeos, los templos, los palacios, los famosos jardines suspendidos, los puentes, los canales, los diques que encerraban al Eufrates, y todos los testimonios de una civilización llena de fasto y de grandeza, hoy no quedan más que arenas desiertas y restos diseminados que la curiosa Europa excava e interroga. Por todos lados ruinas, silencio, soledad y desolación. Como dijo el profeta, las fieras del desierto viven allí donde se alzara la soberbia Babilonia, y las casas, están llenas de serpientes.

Con las últimas ruinas se han perdido los últimos rastros, y sólo muy confusamente se entrevé en medio de las tinieblas de la antigüedad aquel poderoso y gigantesco monumento de regias grandezas, de atrocidades, de fastuosos esplendores y de miseria, de virtudes nobilísimas y de vicios obscenos, que formaban el imperio de Babilonia, coloso de los pies de arcilla.

De las penas, horriblemente crueles, que se practicaban allí, sólo mencionaremos una: Se encerraba al culpable entre dos tablas, dejándole libres sólo la cabeza y los pies, y le embadurnaban el rostro de miel para atraer a las moscas, obligándolo a alimentarse. Al cabo de quince o veinte días de lenta y espantosa agonía, el desgraciado expiraba roído por los gusanos que pululaban entre los excrementos y los miembros podridos.

Egipcios

En Egipto no sólo se juzgaba a los vivos, sino también a los muertos. Antes de bajar al sepulcro, el cadáver era llevado a orillas de un lago que se creía separaba la tierra de los vivos de la región de los extintos, y un heraldo le ordenaba que rindiese cuenta de su vida. La acusación era libre para todos. Los jueces, en número de cuarenta y uno, vestidos de púrpura, sentenciaban por último si el muerto era digno o no de recibir honores fúnebres. En el primer caso era embalsamado [illegible]ado con veneración, lo [illegible]día, sin embargo, [illegible] diera la mo[illegible]na a los acreedo[illegible]l segundo caso, el [illegible] recibía sepultura.

Los jueces debían ser siempre sacerdotes. Las penas, que no diferían mucho de las que se practicaban entre los judíos, eran en parte de una refinada crueldad, y en parte revelaban una civilización avanzada.

Al adúltero varón se le infligían mil latigazos, y a la mujer se le cortaba la nariz. El calumniador recibía la misma pena que habría debido soportar el calumniado. Se cortaban las manos al falsificador de monedas, mientras el homicidio era castigado con la muerte. Igual pena recibía quien, pudiéndolo, no había socorrido a otro que se hallaba en un grave peligro, o había jurado en falso.

Se condenaba a la flagelación a quien ocultaba un homicidio, y a la mutilación a quien hacía violencia contra una mujer libre. La mujer encinta no era conducida a la última pena hasta después del alumbramiento, para no castigar a un inocente. El padre que había muerto a su hijo, era condenado a tener el cadáver en sus brazos durante tres días.

Este último suplicio demuestra que los egipcios no reconocían al padre el derecho de vida o de muerte sobre sus hijos, admitido por muchos pueblos antiguos, especialmente Roma.

Al parricida le clavaban en todo el cuerpo agudas cañas largas de un dedo, lo acostaban sobre espinas y lo quemaban vivo.

India

En la India, las castas inmutables, que privan de todo estímulo a la ambición, el fatalismo, la inflexible religión que todo lo ordena y todo lo prevé, son factores que aniquilan la facultad y aún el deseo de reformarse, de renovarse. En veinte o treinta siglos de existencia, prácticamente nada ha cambiado en la India, no obstante la influencia de razas, credos y costumbres extrañas. Los mismos errores, los mismos vicios, las mismas virtudes.

Aquella magnífica naturaleza, de una grandiosidad incomparable; aquel suelo oloroso; aquellos bosques impenetrables, poblados por una infinidad de animales salvajes: aquella placidez solemne; aquella vitalidad exuberante, sublime manifestación de un creador eterno y perfecto, encienden las imaginaciones o inspiran una literatura rica y variada. Pero el hombre, aplastado por tanta magnificencia, se siente menos que nada, se vuelve fatalista y se muestra indiferente a todo lo que agita y conmueve a la humanidad, induciéndola a perfeccionar sus métodos de vida y ampliar su espíritu.

De ahí ese desprecio por la vida que se manifiesta a cada instante en la India: viudas que se arrojan voluntariamente en medio de las llamas que consumen el cadáver de su esposo, y, hasta hace pocos años, fanáticos que, entonando cánticos, se dejaban aplastar por las ruedas del enorme carro transportador de ídolos panzudos. De ahí también, la insensibilidad ante el dolor de los demás.

Terrible era la idea que, en otros tiempos, tenían allí de la justicia. El juez supremo era el rey o rajah; y sus sacerdotes, la encarnación eterna de la justicia. En lugar de las pruebas judiciarias de rigor, se sometía a los acusados al juicio de Dios, o sea a las pruebas del fuego y a la tortura. El mismo libro que trata de los delitos y penas habla también de los castigos en la otra vida. Según los principios de la metempsicosis, el hombre, después de muerto, se transforma en una criatura sin movimiento, en un pájaro o en un animal inmundo.

En cuanto a las penas aplicadas en vida, hemos extractado algunos del Manava-Dharma Sastra. Hélas aquí:

Un falso testimonio se castiga con una multa muy elevada; al que insulta a un miembro de una casta superior, se le corta la lengua, la mano derecha si el insulto va dirigido a un sacerdote, y los labios si le ha escupido. En casos ya más grave se vierte aceite hirviente en su boca o en sus ojos.

La mujer adúltera es entregada a los perros, y su cómplice quemado en una cama de hierro candente. Los ladrones, tras de cortarles las manos, son empalados.

En Birmania, cuando un hombre traicionó a la patria, su mujer y sus hijos son condenados al suplicio.

En Siam, el desenfrenado despotismo que allí reina, ha creado las penas más espantosas. A quien no revele lo que se le ordena, se le corta la boca hasta las orejas; a quien habla demasiado, se le cosen los labios. Por las culpas más leves, se seccionan las piernas al culpable o se le expone, con la cabeza descubierta a los ardientes rayos del sol.

Persia

En la antigua Persia hacían las funciones de jueces los sacerdotes de Zoroastro. Los calumniadores sufrían la pena que habría correspondido al calumniado. No se dictaba sentencia alguna contra el parricida, hasta tanto no era castigada su ingratitud. El primer crimen nunca era castigado con la pena capital, para darle oportunidad al culpable de rehabilitarse.

En cambio, era condenado al postrer suplicio quien, al reincidir en el crimen, demostraba tener un ánimo perverso. A los envenenadores se les aplastaba la cabeza entre dos piedras, mientras a los estafadores se les marcaba la frente.

Japón

Del Japón sólo mencionaremos tres prácticas características: la primera consiste en la detención en su propia casa, castigo muy común que también puede extenderse a todos los miembros de la familia. En tal caso las puertas y ventanas son herméticamente cerradas, vedándoles a los prisioneros toda comunicación con el exterior, por el término de cien días.

La segunda de esas prácticas consiste en el conocido privilegio acordado a los nobles, de prevenir la sentencia, dándose muerte por sus propias manos, mediante el "hara-kiri". Este acto rehabilita al reo, cuya memoria pasa a la posteridad como ejemplo de valor y de virtud.

La tercera práctica era una consecuencia de la viva repulsión que sentía el pueblo japonés por el extranjero. Así cuando un pescador japonés, sorprendido en pleno mar por una tempestad era recogido por una nave extranjera, ya no podía volver a su patria, y si lo hacía, era condenado a muerte.

Musulmanes

La raza musulmana incluye a muchas naciones unidas por la común creencia. Para los turcos, persas, marroquíes, árabes y otros pueblos prosélitos de Mahoma, la suprema y a menudo única ley es la del Corán, así como para los indios lo es el código de Manú, y el Pentateuco para los judíos. De los antiguos árabes, indomables y altivos, que no temblaban siquiera ante el yatagán del verdugo, huelga hablar. Todo su sistema penal se fundaba en la venganza privada.

Surgió Mahoma y las cosas cambiaron. El Corán, entre una infinidad de disposiciones religiosas y dogmas, encierra las reglas de la vida civil a guisa de código penal. El adulterio es castigado con la muerte, y el homicidio obligando al culpable a liberar a un esclavo musulmán y a pagar por añadidura una multa de cien camellos. El ladrón sufre la amputación de su mano derecha; para las injurias se admite la ley del talión. Los musulmanes, especialmente en sus épocas de fanatismo religioso, son muy honestos; pero ello se debe también en parte a que los procedimientos judiciales son entre ellos sumamente enérgicos y expeditivos.

Turquía

Muy crueles fueron en un tiempo las penas entre los turcos, por la ferocidad de los guardianes y los ejecutores de la ley. Se acostumbraba cortar en lonjas la piel de todo el cuerpo, inferir en la carne profundas heridas en las cuales se ponían velas encendidas y pez inflamada; triturar los pies y las manos, y arrojar luego a la víctima agonizante en el barro de la calle. La decapitación con el yatagán era reservada para los crímenes políticos, mientras la horca se destinaba tan sólo a los crímenes vulgares. Las mujeres adúlteras eran encerradas en una bolsa y arrojadas al mar. Los comerciantes que vendían mercaderías averiadas o alteraban el peso, eran clavados contra una puerta y expuestos a los rayos del sol, para servir de ejemplo al transeúnte. Pero la pena más usual era el suplicio del palo: se espetaba al delincuente en un palo que penetraba por el viente y salía por el cuello, sin tocar los órganos vitales. De este modo el reo podía vivir hasta 24 horas, sufriendo una terrible agonía, expuesto al sol y con la cara embadurnada de miel para atraer a las moscas. Y para terminar con todos estos horrores, citaremos las palabras que pronunció Marco Polo cierta vez al hablar de los tártaros: "Cuecen a los reos y después se los comen".

China

En China no habían antiguamente ni abogados ni jueces. Pero, así y todo, los procesos se despachaban con suma rapidez. Las disposiciones penales eran claras y sencillas, aunque abundasen los detalles pueriles. Era castigado quien no visitaba de vez en cuando las tumbas de sus padres o quien se perfumaba con esencias de rosas. El juicio era sumario: una vez escuchada la acusación y los testigos, que recibían azotes cuando no declaraban lo que quería el mandarín, se pronunciaba la sentencia, que se ejecutaba en el acto ante el tribunal. Pena muy común era la flagelación. Para los chinos no hay castigo más grave que el destierro, al cual son condenados los mandarines por delitos políticos. Los fumadores de opio fueron condenados, por una ley promulgada en el año 1837, a ser marcados en la frente. El padre que da muerte a su hijo sufre la pena del azote, mientras el parricida, el traidor y el sacrílego son condenados al "ling-ci", o suplicio de los cuchillos: el reo es fuertemente atado a un palo, y el verdugo, desde cierta distancia, le arroja los cuchillos que el magistrado saca de un canasto. Cada cuchillo tiene indicada en el mango la parte del cuerpo donde debe clavarse. Esta horrible agonía no cesa sino cuando el cuchillo del verdugo traspasó el corazón u otro órgano vital. A esta muerte fué condenado en 1903 un hombre culpable de haber atentado contra la vida del emperador, ahorcándose, además, a todos sus hijos. La estrangulación se efectuaba con un lazo de seda o un collar de hierro que se apretaba cc un tornillo, suplicio muy parecido al del garrote, usado en otros tiempos en España. Otra pena de muerte era la de la decapitación. Pero no sólo en la muerte se ejercitaba la crueldad de los chinos.

Las cárceles del Celeste Imperio son verdaderos infiernos por sus métodos inhumanos de castigo. Recordaremos tan sólo la llamada "canga", que consiste en una pesada tabla con tres agujeros, en los que se encierran la cabeza y las manos del reo, imposibilitado así de acostarse, muchas veces durante un mes... Antiguamente se encerraba la mano y el pie derechos de la víctima en una tabla de madera larga de pocos centímetros, que les hacía adoptar una posición penosísima.

A. H.

San Martín Habla Con Alvear

★

Un viento favorable hincha el velamen de la fragata inglesa que desde hace días ha penetrado en la región de las grandes calmas. Noches tropicales, húmedas, interminables, pasan sobre el recio maderamen de la cubierta, impregnado de olor a brea, a salitre marino, a cáñamo y a alquitrán. Por sobre la orgullosa arboladura que marca el balanceo del mar apenas rizado, más allá de los enormes vientres de las olas, redondos como odres, ruedan las bellas constelaciones de América. Joyas magnas de la pedrería distante: el Puñal de Orión, la Cruz del Sur.

A veces rompe el silencio poblado por el somurmujo del agua y del viento, una voz cálida de mujer que modula las largas cadencias de una copla andaluza: alguna de las damas de a bordo que, a favor del tedio de la larga noche, ha cogido, por gracia, la guitarra.

La fragata, que navega con rumbo a las costas del Plata, lleva un nombre propicio para los anhelos que ahora hinchen el pecho de los hombres de aquella región. Se llama, la "George Canning".

Junto a la gran farola de popa, cuya luz disuelve con su lampo dorado la cenicienta penumbra que flota sobre el viejo "marem tenebrosum", dos hombres acodados en la ancha borda crujiente hablan del futuro, tejen proyectos realizables y desmenuzan sus esperanzas sobre la estela que huye.

A medida que las palabras fluyen, tanto más se advierte cuánto divergen sus destinos. El uno, con frases breves, precisas, habla de planes maduros y exactos. El otro, subrayando sus tiradas oratorias con el énfasis de su fogoso ademán, se deja arrastrar por el ambicioso impulso de una imaginación exaltada. Ni la comunidad de fines, ni el blando influjo de la noche en el mar, pueden producir un acuerdo, siquiera momentáneo, en la profunda disparidad de aquellos temperamentos diversos. Poco a poco la discusión les ha llevado a una oposición de términos irreductibles. Entonces, el más joven, el más entusiasta de los polemistas, dulcificando con una sonrisa amistosa lo crudo de su expresión, ha exclamado, no sin poner un ligero acento irónico en sus palabras:

—Usted, San Martín, no pasará nunca de ser un buen sargento...

—Y usted, Alvear — ha contestado harto más gravemente el interpelado — un político que uno de estos días se hará ahorcar...



"Corriendo el tiempo — apuntará más tarde el historiador que reporta estas palabras — éste llegó a ser un héroe, y su predicción respecto de Alvear estuvo a punto de cumplirse"

2

Entregado a sus propios pensamientos, San Martín tiene ahora ocasión de pasar revista a la vida que deja a sus espaldas.

En sus últimos días de Europa, las resoluciones y los actos se han sucedido con aquella rapidez vertiginosa con que él acostumbra realizar toda cosa decidida. Su gran amigo británico lord Mac-Duff ha contribuído en buena parte para embarcarlo en la trascendental aventura que ahora se inicia. Los recelos que podía despertar en él la conducta de su acompañante han sido desvanecidos por las palabras prácticas, positivas del experimentado lord, quien le ha demostrado la oportunidad del instante. Ahora o nunca. Tanto el estado de Europa, de España, como el de la revolución naciente en las colonias de América, crean una constelación de circunstancias extraordinariamente propicias para la realización de una gran empresa liberal.

San Martín no tenía sino muy vagas ideas sobre el estado y la marcha de los acontecimientos en el Plata. Solamente el propósito inquebrantable de ser tan útil como pudiera a la causa de su país, le hacía acariciar la idea de la partida. Pero lord Mac-Duff, entusiasta por temperamento de toda empresa gloriosa y arriesgada, no ha cejado en alimentar y animar estos impulsos secretos. Llegado el momento, él ha sido quién, por intermedio de sir Charles Stuart, agente diplomático en España, le ha puesto en las manos su pasaporte para Inglaterra, le ha dado cartas de presentación para Londres y para sus amigos de América, y, llevado de su generosidad, conociendo lo escasamente holgado de su situación, le ha provisto de cartas de crédito de las que San Martín no hará uso.

Así es como él rememora su partida de Cádiz mientras su regimiento se hallaba en Aragón, la corta travesía, sus breves días de Londres.

En Londres, apenas llegado, se reunió con sus compañeros Alvear y Zapiola, que le presentaron a otros patriotas americanos: don Andrés Bello, el mejicano Servando Teresa Mier, Manuel Moreno, enlutado por la muerte de su hermano Mariano, cuyo cadáver acababa de dejar sepultado en el mar, y el joven Tomás Guido, a quien, andando el tiempo, había de unirle la más estrecha e ininterrumpida amistad.

Rodeada de toda la solemnidad que prescriben los estatutos, se produjo en Londres, en la casa del propio Miranda, su formal incorporación a la "Gran Logia Americana". Miranda, el Gran Maestre, había ya partido para Venezuela, dejando su residencia de Garfton Square al cuidado de los delegados de Caracas, López Méndez y Andrés Bello. Fué, pues, ante ellos que San Martín pronunció el solemne juramento de práctica:

"Nunca reconocerás por gobierno legítimo de tu país sino a aquel que sea elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos; y siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderás por cuantos medios estén en su mano a que los pueblos se decidan por él".

Ahora que, ¿cómo podrá hacer efectivo el mandato que este juramento le impone? Aparte de que su ciencia militar ha de ser de gran eficacia para la liberación de los pueblos del Plata, que no han contado hasta ahora con verdaderos militares de escuela, nada más puede columbrar San Martín sobre las líneas generales de su acción futura.

Pero, ¿si no le animara un gran impulso patriótico, una inmensa fe en el porvenir, una como misteriosa antelación de lo ligado que está su destino personal a la gran causa de América; ¿cómo se explicaría la decisión radical que le ha impulsado a su actual aventura?

¿Qué puede brindarle América que Europa no se lo haya dado ya? Si es una alta graduación él la posee ya cuando otros comienzan a dar los primeros pasos en los Estados Mayores. Si es gloria militar, sus acciones de Arjonilla y Bailén lo han señalado a la atención de sus jefes.

Su nombre figura en los partes de las batallas y un brillante porvenir se abre para San Martín, íntimamente connaturalizado con su profesión de soldado. Si se trata de amistades ilustres, ahí está la del marqués de Coupigny que le distingue como al mejor de sus camaradas y le nombra su ayudante en la campaña de Cataluña. Va a dejar una sociedad culta y fastuosa, por el ambiente colonial de los incipientes países de América. Desde los ocho años, edad en que abandonó su país, San Martín no ha vuelto a poner los pies en aquellas regiones.

Su juventud, su madurez actual y su brillante carrera, todas han transcurrido en la península.

No hay ninguna razón para que San Martín no se sienta identificado con sus compañeros de armas y no se sienta español, cuando toda su familia lo es.

No le cuesta poco este golpe de dados con que se ha decidido a pasar su Rubicón.

En España ha dejado a su madre, anciana ya y enferma de la dolencia que le costará la vida escasos meses después. Sus hermanos, que continúan al servicio de las tropas de la Península, con un criterio monárquico, le consideran acaso un tránfuga, acaso un verdadero traidor. Su carrera militar, continuada con tan dolorosos sacrificios, con tanto pundonor, con la amorosa y contraída dedicación de todos los días, queda rota para siempre. ¡Adiós su grado de teniente coronel logrado a los 33 años a fuerza de méritos exclusivos!...

¿Le compensarán los pueblos del Plata todas las bellas y nobles cosas que no ha vacilado en abandonar? ¿Logrará siquiera el mando y la influencia que necesita para demostrar sus méritos, desarrollar su personalidad, dar cima a las altas empresas a que su vocación lo llama? ¿La ola caprichosa de la revolución no le obligará a vegetar, a malograr sus valores a la sombra de algún caudillejo improvisado, o a las órdenes de alguno de esos jovenzuelos fatuos y declamadores de los que desgraciadamente ya conoce alguna muestra?...

3

El destino se muestra harto incierto a los ojos de San Martín, que prolonga su solitaria reflexión sobre la estela fugitiva.

De pronto aquella voz de mujer que gusta a veces de romper el silencio con una copla oportuna, ha torcido bruscamente el rumbo de sus meditaciones. He aquí de golpe, ante su mirada retrospectiva, los 35 años de su vida solitaria, severa, entregada toda al trabajo y a la ambición de un porvenir. Como en un largo fresco que su imaginación desarrollara, pasan sus días de escolar retraído, sus tiempos de cadete en los días iniciales de su carrera militar, los primeros combates, los primeros éxitos. Así se fueron cumpliendo, etapa por etapa, sus previsiones, sus proyectos, sus ambiciones. Pero, ¿piensa San Martín que aparte alguna breve expansión, aparte del claro oasis de algunas amistades noblemente compartidas, un gran vacío cordial ha pesado hasta ahora sobre su vida? ¿No es al doblar el cabo de los treinta años que un carácter concentrado y activo, inclinado a los afectos serios, duraderos, pueda comenzar a soñar con un hogar, una mujer, un hijo? ¿Llegará, acaso, la amable compañera que disipe esa fría atmósfera de cuartel que parece pesar sobre su vida? Tal vez allá, en su país...

La "George Canning" sigue deslizándose sobre este mar en cuyas aguas yace sepultado el cadáver del gran tribuno Moreno. La revolución ha perdido la firmeza de su rumbo desde que falta en las playas del Plata el más grande espíritu de su iniciación. Ahora pasa sobre sus restos perdidos en la inmensidad oceánica el hombre que volverá a levantar su bandera.

Pero, cuántos dolores, cuántos sacrificios, cuánta sangre habrán de correr todavía para que los americanos se puedan llamar verdaderamente libres! Pero ello no es difícil para el corazón de San Martín, que desde niño está acostumbrado a los más dolorosos renunciamientos, callada, silenciosamente, ante la simple imposición del deber. Día llegará en que el mundo se quede asombrado ante el infinito desinterés con que sacrificará hasta su gloria, cuando ya no puede dar otra cosa por el destino de su patria.

Aquí, en la claridad nocturna del Trópico, se aclaran y se agigantan las ideas. Un viento favorable enarca la curva de las velas y precipita los destinos. Por sobre la orgullosa arboladura que marca el balanceo de un mar apenas rizado, más allá de los enormes vientres de los paños, redondos como odres, ruedan las bellas constelaciones de América. Joyas magnas de la pedrería distante: el Puñal de Orión, la Cruz del Sur...

por

José de España

Ilustraciones de Rechain

★ LA MUERTE Y SU TRAJE ★



Cuento de

Santiago Dabove

★

Ilustraciones de

PREMIANI

EN mi juventud me tocó ver y actuar en un acontecimiento singular y terrible que tuvo por escenario las inmediaciones del antiguo Chucuito — no quiero mentar su nombre actual — gran lago del Perú y Bolivia. Fué aquello durante el Carnaval de 18...

...Yo ya soy viejo y han pasado mucho años desde entonces, pero aun ahora, no puedo ver una mascarada sin estremecerme por el recuerdo de aquel horror...

"Sé que aquello sucedió, sé que no es un sueño, pero también los sueños "suceden" y el alma anda entre sueños. Si quisiera hacer una evocación rápida y sintética, para mí mismo, como un "aguafuerte" ,pondría sombras, trazos de luz como gritos desesperados, vapores de alcohol y de narcóticos, un chisporroteo, una ancha risa diabólica..."

El que así había hablado era Mr. Cunningham, hombre huesudo y recio, de facciones enérgicas, pero que tenía una actitud medidabunda y esos ojos forma almendra, algo oblicuos y soñadores de algunos ingleses. Tomó el vaso de cerveza entre sus dedos largos y hábiles y empezó a hacer girar circularmente el resto de líquido que quedaba para ver si hacía espuma. Como no la hiciera, apartó el vaso y pidió al mozo whisky añejo, de ese del norte de Escocia, que pone elocuentes hasta a los mismos ingleses. Se sirvió una buena porción con poca soda, para avivar los recuerdos, según decía, y, a los tres amigos que lo escuchábamos silenciosos, en ese café también silencioso (¡qué suerte!) nos contó lo siguiente:

—"Yo era joven —dijo— tenía veinticuatro años; era en los tiempos en que la Compañía de Londres me envió a Sud América, ¡oh, sí! Compañía que explotaba productos medicinales. Mi padre estaba en ella como director, y yo, muchacho activo, hábil de manos y no tan sonso, ¡no sonso!, parece que le gusté para venir a América. Mi misión era por el norte, el trópico. Se trataba, de algo nuevo, pero no complicado. Oh, no complicado, pero muy bien pensado!... ¿Ustedes conocen el árbol de la coca, no?, es oriundo del Perú y de esos lugares. Todos los indios, y otras gentes más que no son indios, peruanos y bolivianos, mascan la coca. ¿Nunca vieron?

Le ponen un poco de cenicita o potasa para que largue más, y mascan, mascan. La Compañía de Londres vió eso de los arbolitos y dijo: aquí hay ganancia. ¿Quién fué el de la idea? Oh, nunca se sabe quién tiene las ideas. Me enviaron a mí para trasplantar el árbol de la coca a una colonia inglesa. Yo era hijo de arboricultores. Yo hice lo que había que hacer. Los peruanos y bolivianos discutían el presupuesto, los impuestos, las rentas públicas y quién ocuparía el gobierno. Esta, la de gobernar, es industria de veinte países sudamericanos... Yo me llevaba del Perú y Bolivia varios miles de plantitas de la coca para aclimatarlas en colonias inglesas. No pasó mucho, no mucho que, nosotros en Inglaterra nos apoderamos del mercado mundial de cocaína. Pero sudamericanos aumentan presupuesto, piden plata a ingleses y se muestran los dientes y sables porque no tienen riqueza y el presupuesto anda mal por muchos militares y políticos que tienen muchas ideas de gobierno y finanzas y para aplicarlas hacen revoluciones...

★

"Anduve por Lima, El Callao y después fuí a Oruro. En Chile, en Antofagasta, cuando en aquella época feliz en que el guano y los nitratos estaban por las nubes y sonaban los taponazos de las botellas y el baile y la danza por el aire y la revolcada por los suelos, me fué presentado un muchacho, lindo muchacho. Buen mozo y artista, como dicen ser todos los privilegiados de esos lugares, que tienen algún refinamiento y no tienen nada que hacer. Sensibles mucho, dicen ser, sensibles y sentimentales, pero digo yo, ¡oh! ¡disculpa a mí!, que sentimentalismo y crueldad van muy parejos, porque el sentimentalismo es para las víctimas que hace, aunque sean mentales".

Esto dicho y que creyó estar muy claramente explicado, sorbió un nuevo y prolongado trago de whisky, y continuó:

—"Son también muy vengativos y... bueno, el muchacho se llamaba Morris, había heredado una gran fortuna de su padre, un peruano que había especulado felizmente con el azúcar en Cuba. Además, su familia por parte materna hacía tiempo que había hecho una gran fortuna en Potosí con la industria minera. En una palabra: el muchacho era un multimillonario, joven, sin familia. Un hermano suyo había muerto asesinado por causas políticas. Multimillonario, joven y sin familia, condición ideal para todas las virtudes y todos los vicios. Unica y verdadera posibilidad de escoger. Unico libre arbitrio que otorga raras veces el determinismo terrestre!"

Nos miramos para ver si Mr. Cunningham no se había vuelto loco y bebimos a tono.

—"El muchacho parecía inteligente —continuó Mr. Cunningham— hablaba inglés, se conocía que había sido de buena familia. Para no ser inglés, no estaba mal. Poseía algo de instrucción y educación".

—Gracias, se me ocurrió decir, por lo menos hay algo que no es inglés y que no está mal. Los oblicuos ojos de almendra me miraron en una forma tan envolvente, que ya me parecía ser colonia o protectorado de esa mirada.

—"Yo estaba desocupado, por aquel entonces. Todo estaba listo. Podía disponer de unos quince o veinte días antes de tomar el vapor para Singapore.

Se acercaba el carnaval, y, bueno, vamos a farrear un poco y conocer costumbres. Pensaba en un programa modesto, ver y observar en lo posible la psicología de países que acaso no volvería a ver más en mi vida. Porque yo era en aquel entonces un extraño caso (no tan extraño entre ingleses) de hombre práctico, comerciante, que se detiene a soñar y fantasear cuando los negocios se lo dicen ¡venil... ¡Qué casualidad!, pensaba en la diversión sin lujo, en el tren de Oruro a La Paz, cuando se me acercó al pullman inesperadamente mi amigo de Antofagasta, el joven Morris. Tenía una mesa cerca y venía tomando champaña seco y comiendo con varios amigos.

—Si no tiene nada que hacer, Vd. se viene conmigo, Mr. Cunningham.

—Pero ¿adónde?

—Vd. se viene conmigo, ¿if you please? Yo le prometo un carnaval divertido.

—¿Adónde va usted?

—A mi casa, cerca del lago, venga... lo llevo.

Dudé... no lo conocía bien yo a este hombre, pero mi anterior idea de entretenerme un poco antes de dejar América, encontró una linda escape.

—Aceptado. ¡all right!

—¿Iba usted al hotel?

—Sí.

—Usted se viene ahora mismo conmigo, a mi casa, cerca del lago, donde tengo algo más que todas las comodidades (cerró el ojo izquierdo como para tirar al blanco, al mismo tiempo que apretaba la mano derecha).

—Esto, entre criollos, quiere decir mujeres, ¿no? Ustedes son criollos, dijo Mr. Cunningham.

—Siga, Mr. y deje a los criollos, respondí yo.

—"Nos bajamos en La Paz, pero como era demasiado tarde y por atraso del tren, nos quedamos a dormir en la ciudad. A la mañana siguiente, y después de un corto almuerzo, una gran caravana de automóviles emprendió viaje a la residencia de Morris, que estaba cerca del lago. Viaje interminable como todos los viajes de esas partes altas de Sud América. Yo iba bien abrigado, y, aunque era verano, hacía frío, y todas las combinaciones de tren, automóviles y vuelta a cambiar, las hice como un sonámbulo y cuando llegué, me tumbé como durmiente verdadero en un lecho y aposento en que la distorsión que le daban la semioscuridad nocturna, los cocktails de Oporto y el Dry, todavía no permitían apreciar como a la clara luz del despejo y del día, la distinción de su lujo sencillo, el adorno de las paredes, la belleza de los muebles y una decoración incaica armoniosa, muy distinta de la falsificación de los cotorros y "garconiéres" de Buenos Aires.

"A la mañana, cuando salí y miré la casa, me llevé una decepción. En vez de la construcción artística exquisita o de aspecto de chalet o castillo que era de esperarse en dueño tan espléndido, me encontré con una serie de piezas muy grandes, que parecían de madera, aunque con algo de color blanco grisáceo y metálico. Conté hasta ocho. Piezas rectangulares de unos doce metros de largo por seis de ancho y otro tanto de alto. Aunque eran bonitas por la feliz disposición y combinación de líneas de los aleros y la colocación de las puertas y ventanas, no se podía dejar de reparar en el extraño gusto para un dueño multimillonario, de edificar una residencia que más parecía un tren o galpones en fila, que una verdadera casa para placer o veraneo. La yerba fina y untuosa llegaba hasta la misma pared como si ese gran tren inerte se hubiera detenido en una estación proyectada o hipotética y dejado invadir por la vegetación. Todavía no había mirado los alrededores, cuando llegó Morris.

—Ya sé, ya sé —me dijo— que usted no aprueba, y se sonreía. Ya habrá pensado usted: South America, mal gusto, cualquier cottage de la vieja Inglaterra... etc.

—Pensaba en lo raro...

—No piense, mire alrededor.



Miré. El sol que ya se había levantado unos grados, me hizo ver un espectáculo sorprendente: en una pendiente que subía gradualmente en unas partes a unos cien y en otras como a doscientos metros, había una serie de colinas o abolladuras de diferentes tamaños. Muy bien dibujadas y dispuestas en progresión creciente hacia el horizonte. Todas estaban plantadas de árboles y arbustos hermosos y, he aquí lo más extraordinario: todo estaba embaldosado con mosaicos en los que había dibujos que seguían un vasto plan decorativo. ¡Un bosque embaldosado! ¡Y las baldositas circundaban bien los troncos, de modo que no se veía tierra ni raíces! Los dibujos tomaban vuelo en las faldas y ondulaciones de ese terreno quebrado. Todo limpio. El contraste entre el ocre de los troncos y el verde de las copas con el suelo esmaltado, era de lo más singular, algo de una preciosidad única y original.

—¡Oh, qué raro! Y ¿por qué lo hizo usted?

—¿No es lindo?

—Es asombroso y me gustaría ver qué efecto hace paseando en él. Debe de haberle costado a usted mucho, pero mucho, oro a montones, ¡y la conservación y limpieza!

—Como planeo y realización, sí, y como conservación también; pero el oro... ¡bah! ¿Es cierto que gusta por sí mismo? No concibo ese gusto. Entre un montón de monedas amarillas o billetes todos iguales y feos, o un montón de acciones que representan fábricas y hornos... y esto que usted ve.

—Verdad; además es original. Sólo que, en fin... yo soy pobre... no me gustan las cosas demasiado vastas y esforzadas: insultan a la simplicidad.

—Pero más se insulta a Dios, teniendo mucho en cajas fuertes y no consumiendo sino una parte mínima de ello. Pero dejemos esto. Ahora va a ver lo más singular que tiene la casa, y es que podemos pasearnos en ella cambiando así de perspectiva.

Me hizo ver unos rieles ocultos en la yerba por los que se deslizaba la casa en cuya primera pieza había un poderoso motor disimulado.

—Disculpará usted la falta de gusto de los cuartos en hilera, pero no había otra forma de viajar y estar quieto. Además, la casa puede marchar hacia el lago, introducirse en él y navegar merced a un amplio y hermético reborde que tienen todas las piezas y que le haré colocar. Hay también un dispositivo para entrar en el lago según el nivel del agua que baja. Se entra a él como a una Estigia. El poder trasladarse con la casa hace que el placer que se goza adentro no tenga la monotonía de un mismo horizonte.

—¿La casa puede moverse, eso tan pesado?

—¿Porqué no?

—Me gustaría verlo.

Morris caminó hacia unos galponcitos que había a cierta distancia. Volvió con un mecánico.

—Es mi piloto, dijo.

El hombre me saludó y dando una carrera se metió por una pequeña puerta del primer aposento-vagón. Al rato se oyó el ruido de un poderoso motor disimulado, ruido que llegaba apagado por dispositivos y acolchamientos especiales, según me dijo, y la casa, con trabajo al principio, se puso en movimiento.

—¿Qué tal?

—¡Oh, oh! ¡Bien, bien! Felicito a usted, Mr. Morris.

Sinceramente pensé que este hombre gastaba, pero sabía hacer las cosas. Al mirar de nuevo la casa, reparé que los grandes cuartos estaban unidos por unas plataformas donde había aparatos de enganche como en un tren. Pero la plataforma que separaba el primer aposento de los restantes era mucho más larga que las otras, lo que daba lugar a que pudiera encajarse allí una especie de aeroplano, o más bien cabeza de aeroplano, provista de una hélice muy potente. El todo miraba hacia la hilera de aposentos-vagones y formaba parte de ese bloque. Delante de esta hélice, había tres enormes copas de bronce en forma de grandes cálices. Estaban cinceladas con arte, y, lo que hubiera quedado bien frente a una construcción severa, de piedra, allí desentonaba por la hélice y la falta de arquitectura. También entre los otros vagones había más copas, pero de menor tamaño.

—¿Y eso, qué significa?, pregunté.

—Son símbolos.

—¿Alguna tradición peruana, del antiguo Cuzco?

No me contestó, y después de suspirar, dijo al rato:

—También es el lugar de los pebeteros y perfumes, y la hélice la encargada de hacerlos recorrer las dependencias.

★

A todo esto oímos ruido y algazara. Risas de mujeres y el bordoneo de las voces masculinas. Un montón de muchachos, entre los que había algunas mujeres, se nos acercaron. Fuí presentado a algunos, porque eran muchos. Casi todos tenían apellidos dobles, cosa que es costumbre lujosa en Sud América, y yo, al saludarlos, les daba las dos manos.

—¿Porqué?, pregunté.

—Una por el padre, y otra por la madre que los tiró al mundo...

Bueno; como les contaba —dijo Mr. Cunningham— Morris anunció que el baile de trajes no podía realizarse antes del último día de carnaval, por algunos inconvenientes en la fabricación de trajes y otras cosas que había ideado, y que estaban terminando unos obreros en aquellos galponcitos, y señaló unas construcciones bajas que estaban a cierta distancia. Nos rogó que nos entretuviéramos mientras tanto con las damas. (Había tantas como hombres mujeres casi todas francesas y, como adivinarán ustedes, de alquiler). El aposento-bodega, la despensa y cocina, estaban a nuestra disposición. Había allí cuanto pudiéramos desear. Fuimos a visitar esas dependencias, y, en efecto, estaban provistas regiamente de vinos, licores de marca y provisiones.

En este ir y venir, mis ojos descubrieron otros bellos y tristes, y, como no huyeran, me acerqué. Me presenté. Ella se llamaba Angelina, era suave y reservada y a poco de tratarla, descubrí la gracia y buen gusto de un espíritu afectado quizá de un modo muy hondo por la tristeza. ¡Oh, impresiona más que en otros casos, la tristeza y reserva de una mujer por cuyo desdén llorarían hombres afortunados! ¿Por qué no deciros que instantáneamente me enamoré, sin que entrara para nada en esas circunstancias el deseo de posesión? Era más bien una reverencia de mi alma a una criatura delicada y selecta, y, luego ¡esos ojos que parecían violetas, y, a veces, una llama de alcohol detrás de un vidrio azul!

Salimos a recorrer el bosque embaldosado con mosaicos.

—¿Cómo ha sido tratada por los hombres y las cosas? — pregunté, tomándole una mano con la delicadeza con que se toma la mano de una enferma querida.

—Pas mal, para mi condición; sonrió; rió después, con una risa histérica. ¡Muchas adoraciones! ¡Oh, acá hay muchos poetitas inflamados, muy eróticos, indios muy vestidos y sensibles, llorones tropicales. Se creen buenos por eso.

No pude menos que reirme ante un juicio tan justo.

Caminamos; de pronto echó a correr en un espacio libre de árboles. Me senté y acondicioné la pipa para aspirar el aroma del Virginia. Y... un rato después oí un grito. Acudí. Angelina me mostraba horrorizada un tigre en acecho. Pero ya su expresión era de duda. Me acerqué. En un repecho del mosaico se figuraba la fiera con un propósito decorativo, de un modo admirable, con pequeñas baldositas y esmaltes. Por los ojos del tigre salía una llama sangrienta. Un triunfo de artista. Nos reímos.

De regreso ya se vió que la invitación a la despensa, bodegas y cocina no había sido vana. Mucha alegría y taponazos, mucho escanciar, mucho apurar los vasos, porque esos indios elegantes saben beber, y luego ¡son tan apasionados!...

Varios días pasaron en una orgía extraordinaria, durante los cuales se dormía poco y se hacía toda clase de desgastes nerviosos, erotismo, juegos, locuras, y nadie se daba por vencido, aunque muchos ya estaban demacrados y vacilantes. Parecía aquello una puja por sobresalir en goces y delirio, y los únicos que nos manteníamos algo apartados, sin participar a cuerpo entero en la alegría tumultuosa, éramos Morris, yo y la bella Angelina.

Pero llegaba ya el último día de carnaval. Todos fuimos alejados en una excursión larga, para dar tiempo y permitir la preparación de decoraciones y trajes sin que nuestra presencia y tumulto molestaran a los obreros.

Fué una excursión compensadora de la locura de placeres de días anteriores. Los aficionados a lo natural hallaron un placer que no esperaban después de un ritmo tan apresurado y saciaron su apetito con simples meriendas campesinas que les sentaron muy bien y repararon el estrago que empezaba a sentirse por la emulación en el abuso y la jactancia, que suelen ir muy juntas.

Volvimos todos a las primeras horas de la noche de ese día. Lo primero que nos llamó la atención al arribar, fueron los aposentos-vagones iluminados con una luz roja intensa. Morris nos dijo que la entrada en ellos la efectuaríamos a las doce de la noche, hora en que empezaba el baile, pero que si la comida nos de-



moraba, lo haríamos más tarde. Eso sí, a las doce de la noche estaban listos todos los preparativos. Desde esa hora en adelante podíamos acudir los contertulios a voluntad. Morris iba y venía, se atareaba pero a pesar de todo no dejaba de beber. Cenamos entretanto opíparamente en los galponcitos donde se habían trabajado y cosido los trajes y decoraciones y que estaban libres y bien arreglados como para una cena delicada. Esta fué larga y ruidosa, muy bien regada por los Graves y los Sauternes, los Chiantis y los Laffites, y la sobremesa fué larga y durante ella se mezclaron por igual en las bocas el sabor de los besos y la brasa delicada de los licores fuertes.

Unos treinta y cinco o cuarenta jóvenes, entre los que había algunas mujeres y algunos hombres maduros, fueron a uno de los aposentos-vagones a vestirse para la mascarada. Quedamos en la mesa varios: Angelina, Morris y yo y algunos otros, todos los cuales éramos más bien espectadores... Aunque yo, a decir verdad, hacía rato que era un espectador bastante indiferente de lo que no fueran los ojos de Angelina. Ví que Morris le demostraba también interés y le dedicaba lo más rendido de su admiración, pero en sus ojos se leía que otra cosa lo preocupaba y por encima de todo en aquel momento: el baile y disponer las cosas para su realización. Conversando, no advertimos que había desaparecido. Nos demoramos mucho, de modo que cuando llegamos a la fiesta, hacía rato que había comenzado.

Al entrar en los aposentos no pude reprimir del todo mi disgusto. La visión que ofrecían las piezas en hilera era la de una vasta capilla ardiente. Gran profusión de paños y colgaduras de colores negros y oscuros con franjas plateadas y lágrimas de plata. Crespones fúnebres, candelabros y vitraux color escarlata. Pero nada de pacotilla. Nada de esas "galas" ordinarias y vulgares que deben durar un día o dos y después tirarse... Paños con esos tonos sombríos y profundos de la seda y del damasco. Colgaduras y paramentos de ébano lustrado, lacas en las que parece verse más allá de su superficie un espacio misterioso. Abundancia de espejos circundados de crespones y terciopelos. Un lujo de lo lúgubre. La música marcaba el ritmo de melopeas y se oía el sonido de las quenas.

¡Esa gente ebria y harta, encontraba un placer en ese remedo anacrónico del romanticismo y de la moda poético-sepulcral de 1830 en adelante y varios lustros después!... ¡Tolderías que remedan imaginaciones europeas con largos años de atraso! Una luz color de sangre iluminaba pequeñas comparsas y máscaras aisladas. Casi todos se bamboleaban y gesticulaban. Junto a mí pasaba el disfrazado de calendario; llevaba uno grande en la espalda y proponía a todos: ¿Sácame una hoja?; y cuando le sacaban decía: "Sacas la última tuya". Vete y "baja" con ella. El disfrazado de espejo que se empañaba, lo seguía. El cuerpo del hombre semejaba el mango y de su espalda, como de un asta de bandera, salía un espejo que, a ratos, se empañaba. En el marco tenía dos inscripciones: "Por el cielo pasan nubes y agonías", "Quietos estanques de agua que reflejan el cielo, son los muertos". Estaba tan bien la máscara, que casi no es máscara; la desempeñaban algunas señoritas con certificado de defunción prendido en el talle, buenas muchachas que todavía no vivieron vida mundana y amorosa, que se esforzaban por lucir sus "toilettes" de entrada en sociedad, dar un paso de danza, o responder a un "dites nous quelque chose, mademoiselle". Tenían actitudes graciosas algo trabadas; pero una risa amarga, un rictus les paralizaba y helaba todo impulso, porque se "sabían incomunicables" y que sólo vivían en algún sueño, evocación, o recuerdo. Entre ellas andaba un poeta cuyas guedejas de sauce caían en llanto negro sobre su cara enflaquecida. En la espalda llevaba algo como una caja plana, de cartón que imitaba una losa sepulcral, con esta inscripción: "Bajo su sepulcro está mi alma — Yo, yo, su prometido". Iba musitando: "era débil la pobrecita, era bonita y delicada. Un día se hizo hacer una ondulación permanente, y, al otro día se murió. Sabía que no podía durar y quiso arreglar su rostro y cabeza como se arregla un cuadro. ¿Verdad que es conmovedor en las muchachas eso de creerse obra artística aunque no lo san?... y ahora, como orquídeas en la oscuridad, los rizos de su ondulación permanente, velando una expresión inmóvil"

Hacía rato que la casa se había puesto en movimiento, lo que acentuaba la confusión y el bamboleo. Las horas pasaban y, entre los aromáticos cigarrillos que se distribuían se había deslizado el perverso haschich, que aumenta los goces de los sentidos, pero también los terrores. Ví a Morris taciturno y los ojos le brillaban como si tuviera fiebre.

"Entrábamos en el lago. Salí a una de las plataformas para ver el paisaje, si se podía. Comprobé que nadie se interesaba por esto último y continuaban su orgía como si tuvieran anteojeras. Pude observar este cuadro: La luna roja iluminaba un tajo profundo, una especie de cañón algo sinuoso que cada vez se ahondaba más, hasta tomar las aguas del lago. En ese punto el cañón era muy profundo y, por consiguiente, las paredes altas en proporción. Sus bordes altos no eran parejos, sino dentados y tenían también unas crestas muy grandes, lo que daba a todo el conjunto un aspecto salvaje, imponente y al mismo tiempo melancólico. Me acordé del dicho de Morris: "entramos al lago como a una Estigia". Pensé: "En verdad, parece que dejamos el mundo de los vivos. Dentro de poco seremos sombras del lago. Pero los locos van a las tinieblas con su cabeza loca que parece una llama de alcohol".

"El movimiento, la trepidación de la casa se hicieron blandos; flotábamos. Morris parecía ahora nervioso y excitado. La casa aumentaba gradualmente la velocidad.

"Nuevas máscaras aparecieron: los hombres de frac que con un ensanchamiento en forma de trapecio en la espalda y los faldones del frac, vistos de atrás, completaban un ataúd perfecto. Los enterradores con carretillas llenas de cocos a los que habían puesto ojos humanos imitados y que gritaban: "A comprar, a comprar cráneos con muchas hectáreas de espacio y con mucho tiempo "a priori" y con garantía. Con muchas construcciones e imágenes. Seña 10 ojo, comisión 2 ojo.

"Yo estaba cerca de Morris, que hablaba en ese momento con una mujer. Sonó un toque de campana musical y se apagaron las luces. Fué un minuto de pavor. Oyéronse aullidos. Las luces volviéronse a encender, pero mucho más débiles. Unos hombres pasaban echando un líquido en las copas de bronce. Luego que llenaron todas, una especie de diablo ágil que corría y gesticulaba, pasó blandiendo una antorcha encendida, con la que tocaba cada una de las copas. De todas ellas brotaban llamaradas, lenguas rojo-azuladas que se retorcían. Y los reflejos producían un efecto fantasmagórico, transformando a todos en verdaderos espectros. Las sombras, que se multiplicaban en los espejos y lo desmesurado que pone la droga, empezaron a asustar a aquellos héroes de la simulación de la muerte.

"Oí un diálogo rápido entre dos máscaras:

—Ya no me está gustando esto, ¡Morris parece un demente, y estos son juegos peligrosos!

—¡El "perro de Morris" ¡siempre le he desconfiado! ¡Esto ya pasa de los grotesco! ¿Qué busca ese loco? ¿Si lo interpeláramos?...

...Alcancé a Morris, que iba hacia el primer departamento.

—¿Qué pasa, Morris?, ¡hay algo raro en todo esto!

"Me miró, y lo ví transfigurado.

—Ya dí las órdenes, me dijo, todo está listo.

"Sus ojos fríos y su expresión triunfante me sobrecogieron.

—Venga, usted, vamos, y me agarró brutalmente de un brazo, mientras me decía: Ya no soy un hombre. ¡Soy "El Vengador", el que se venga es un semi-dios antiguo, ¡un Dios!... ¿no ve mi cara?... ¿tengo cara de hombre?

"Me arrastraba a mi pesar, y eso que yo era fuerte. Iba diciendo:

—Los mando al infierno, como ellos, sus parientes o secuaces mandaron a mi hermano. ¡Represalias! ¡Que paguen!... para mí no hay cosa más divina que cobrar estas deudas!

—¡Por Dios, Morris, por Dios!

"Ya estábamos en el primer departamento wagón.

—Morris, déjeme tiempo para...

—Nada, nada, todo está previsto, ya están avisadas las mujeres.

"Antes que yo pudiera reaccionar, se oyó un poderoso toque de silbato y todas las mujeres vinieron corriendo al primer aposento. Hubo en los hombres espectación y duda: ¡el hombre reacciona más lentamente que la mujer!

...En un instante quedó cortado el tren de aposentos, y separado el primero de los demás. Y la hélice del aeroplano, volteando furiosa, a 2000 revoluciones por minuto, volcaba con su ventarrón el inflamable encendido de las copas, que se pegaba en grandes motas azul-doradas a las maderas y colgaduras. Se oyeron gritos lamentables y chisporroteo furioso... Pero yo no comprendía bien... ¿qué había hecho de mí el haschich? Recién pensé dónde estaría Angelina. Miré rápidamente entre las mujeres y no estaba. Los gritos continuaban. ¡Ah!... Se olvidan presto frente a la muerte todas las veleidades y fantasías macabras. Pero... ¿Angelina?

...El primer aposento derivó y se puso frente a los restantes como si se acomodara en una platea. El fuego era un soplete que todo lo destruía. Morris, borracho, vociferando, y con una pistola en una mano, no podía saberse si dirigía el salvamento u ordenaba la catástrofe. Yo pude observar, semi-narcotizado como estaba, que ninguno de los que optaron por tirarse al agua era socorrido. Morris era interpelado por la tripulación y echado al agua por la fuerza de una puñalada.



...Pero... ¿esto es verdad o sueño? me autointerrogaba, porque uno de los efectos del haschich en mí es dividir mi personalidad, mi yo en dos, como si cada hemisferio cerebral fuera autónomo y pensara por su cuenta. Y en ese sueño-realidad, la ví a Angelina en el peligro.

...Y, ella, ¿qué hacía?... estaba allí extática y lejana, con ojos que parecían más tristes que nunca, más indiferentes, más vidriosos, como si una "Presencia" enorme le quitara el sentido de la realidad!... ¡Angelina, Angelina!, ¡huye, ven pronto!... Pero ella seguía mirando el abismo con un interés terco que era un suicidio. Corrí... creí correr, porque a duras penas me movía. Alguien me detuvo. Y, Angelina seguía allí quieta, pero se veía que era una mujer de porcelana que lamían y resquebrajaban las llamas. Cayó con un ruido de estatua. ¡Oh!... ¡yo estaba loco!

Pero... ¡ella renunciaba a la vida!... ¿por no querer sacudir un puro ensueño de felicidad, o porque tenía adentro suficiente desengaño como para hacer la suprema renuncia con sonrisa indiferente?"...

★

Mr. Cunningham nos dijo después:

—Yo no sé si la habrá recibido un Dios, pero si es así que le destinó un lugar, que se acuerde de este pobre inglés que se enamoró "con patas y todo"... y me reciba también a mí, dondequiera que sea, en cualquier infierno... pero, cerca de ella... Porque si alcanzara un gran amor, hubiera sido su purificación. Pero, basta de historias. Son las cuatro de la mañana.

Nos levantamos y salimos rápidamente. En el coche esperábamos a Mr. Cunningham, que venía tratando de encender la pipa.

El que Escuchaba



por

Graciela Baliero

Ilustración de Güida

NO hacen tantos años. Recuerdo que me impresionó muchísimo. A mediados de junio resolvimos un grupo de amigos hacer una excursión al Sur.

Todos éramos lo que somos, unos vagos (como nos llaman los colegas). Las cátedras y los servicios profesionales, entienden lo que es una licencia, pero la familia... y, había que dejarla; yo y mi compañero debíamos dejar algo más (según criterios), las polleras.

Ser doctores en medicina estaba bien, era ya un prejuicio desvanecido, pero viajar dos mujeres con tres amigos era, entonces, un prejuicio sin desvanecer; concedimos que al desembarcar en "aquellos mundos" usaríamos pantalones; "por lo menos, era más propio para esa clase de viajes".

No entendí entonces lo que querían decir con esto, como tampoco lo entiendo ahora.

Partimos.

Viaje bueno, mucho frío, sí, pero un paisaje maravilloso lleno de luz y luego la nieve!

Allí es donde uno se da cuenta del inmenso valor de la luz — los rojos, los violetas, los azules y sus degradaciones, por primera vez tocan la retina; — yo sentía que el color me traspasaba más allá de los ojos. Si uno no conociese el nombre de los colores, los aprendería espontáneamente, se nombran solos.

Cuando desembarcamos, resolvimos, de común acuerdo, al entrar en el hotel, hacer de cuenta que no éramos viajeros.

Entrar, salir, caminar, sentarse en la galería de entrada; nada de proyectos, ni paseos, hasta aburrirnos. Bueno, cuando uno llega al aburrimiento, ya está a punto para empezar a gozar.

Así pasamos unos días en el pueblo. Conversando con cuanta persona caía al hotel. Ese dialogar breve y de largas pausas:

—¿Está de paseo?

—Ya lo ve.

—¿Qué dicen en Buenos Ai[illegible]

—Poca cosa buena.

—Invierno fuerte este, ¿no?

—Hace tiempo que no tenemos uno más frío.

—En Buenos Aires mucha gripe, ¿no? Aquí no se enferma nadie.

La monotonía de las gentes y del lugar puso punto final a nuestra quietud.

Yo no deseaba ya otra cosa que ver árboles; y hablando de ésto, me dijeron que había a unas leguas de allí un establecimiento con un bosque magnífico; entonces no aguanté más, y en un Ford emprendimos nuestro paseo.

Realmente hermoso el lugar. Internándose ha[illegible]ur, la llanura infinita; [illegible]izonte se destaca una mancha oscura, que a medida que nos acercamos revela su línea de herradura", es el monte del "Liberado", así se llama el establecimiento.

Nos abrieron un galpón para que pasáramos la noche. Mis dos compañeros y yo, con más curiosidad que cansancio, queríamos conocer al patrón, sólo nos lo habían recomendado de raro.

—Buenas noches. ¿En qué puedo servirlos?

—Por ahora, en un poco de alcohol. Estamos helados.

Golpeó las manos.

—¿Patrón?

—Trae cognac.

El muchacho salió corriendo y él desapareció en la oscuridad; en seguida volvió abrazando un montón de ramas, las tiró al suelo y nos hizo un fuego lindísimo.

—Hasta mañana — y se fué.

No nos dió tiempo para una palabra más. Aparentaba físicamente unos treinta años; ojos claros, facciones finas y una barba tostada, alto y delgado. Agradable su voz, simpático.

Sobre nuestro equipaje y unas mantas más, pasamos la noche. Como siempre, yo estaba atenta a todos los ruidos de afuera, son tan distintos en todas partes, diferentes las noches a las noches, como los días a los días.

Prestando esa atención, me pareció oír una campanilla y pensé: es el teléfono, y me quedé dormida.

Cuando en un ambiente extraño uno reconoce algo que le es familiar, en seguida se aquieta, se siente "colocado".

A la mañana siguiente, ya bien despejada del sueño y cansancio pero inquieta por el último recuerdo de la noche: la campanilla del teléfono, le pregunté al peoncito:

—Che, ¿adónde está el teléfono?.

El muchacho me miró sin comprender mi pregunta y mis compañeros se echaron a reír:

—¿Qué dice? ¿Teléfono?

E iban a seguir las bromas, cuando en ese momento se oyó una campanilla inconfundible: el teléfono.

Todos hicieron un gesto de extrañeza, agregando:

—Qué raro, no habiendo línea a esta distancia...

El muchacho nos explicó que el patrón lo tenía en su cuarto, y que él lo oía hablar todos los días.

No quisimos darle importancia, y a sus pocas palabras no nos gustaba indagarle. Nos constaba, eso sí, que no existía línea ninguna y eso nos bastaba (por lo menos a mí), el hecho de que el patrón usase del teléfono como si se comunicase con alguien, me interesó.

Después de tomar unos mates, salimos a recorrer el monte: árboles viejos, severos, ya muchos sin hojas y otros con su copas quemadas por las heladas.

El sol trepaba por los troncos e iba despertando a los pájaros; por aquellos lugares es un regalo oírlos, porque escasean los montes, tienen que andar largas distancias y el frío los hace escapar; para la soledad compañeros inapreciables, por ellos hablan los árboles.

—El patrón está esperando para almorzar.

—Qué buena noticia, a comer.

—Y luego, tener más cerca a nuestro huésped...

Lo del teléfono me intrigaba; uno no puede estar en la ciudad sin el teléfono. ¿Qué no sería este aparato a miles de leguas, en el desamparo?

Almorzamos al hambre. La conversación, los temas de siempre, cosas mundiales, nacionales, políticas y regionales, naturalmente.

Me dí cuenta de su enorme reserva porque no nombró a nadie, como si no viese, ni tratase a ninguna persona, y sentí que a nosotros tampoco nos nombraría nunca y eso que en el campo, el más pequeño acontecimiento o el paso de una persona se comenta diez leguas a la redonda y se repite de unos a otros por cantidad de años, cómo si fuera de ayer.

¡Qué hombre lejano!... ¿a qué no había renunciado?

El peón se asomó al comedor y anunció al patrón que su caballo estaba listo y a nosotros, que el Ford nos aguardaba.

Nos despedimos cordialmente.

Habríamos andado una media legua, cuando al querer fumar, me dí cuenta que había dejado la cigarrera sobre la mesa, y volvimos a buscarla.

Al llegar a la estancia, vimos que el caballo del patrón seguía esperando; entré al comedor y me sorprendí al oír la voz de nuestro huésped: hablaba con alguien y contaba con todo detalle nuestra visita.

Sin darme cuenta (y era una indiscreción), seguí escuchando su voz casi jovial que decía lo que haría en la tarde, cortando con pausas la conversación, como si le contestasen, hasta llegar al: ¡Hasta luego! y al mismo tiempo oí el característico caer del tubo en la horquilla.

Había sorprendido la conversación, era más feo escapar; se oían sus pasos hacia el comedor y me quedé a la espera.

—¿Cómo, usted aquí? — fueron sus palabras de sorpresa.

Le expliqué que había olvidado la cigarrera y que no podía pasar sin fumar.

Silencio a dos. El no tenía porqué detenerme y yo no tenía porqué quedarme más.

—Buenas tardes — le dije.

—Buenas tardes — y me tendió la mano con una cálida intención.

Al volver al coche, conté lo ocurrido y empezaron los mil comentarios, concretándose: un caso patológico. Ellos también estaban impresionados.

Ante semejante argumento, me dije: defensa masculina, eran dos hombres frente a una mujer, porque sé que si hubiese hablado a solas con cada uno de ellos, habrían no solamente estado de acuerdo conmigo, sino que me habrían apoyado revelándome confidencialmente (se entiende) cosas de su propia sensibilidad. Eso mismo que no admiten delante de otro hombre.

En cambio comprendo perfectamente, que este hombre se haya hecho el gusto aunque a los "normales" les parezca ridículo o algo más, locura, el hablar por un teléfono sin línea, en una soledad que se traga al más fuerte.

Les pedí a mis compañeros me explicasen qué diferencia había entre este hombre y aquel que diariamente llena las hojas de un cuaderno, anotando sus deseos, relatando lo que ha hecho día a día.

El papel es su compañero, se dice y lo admite todo el mundo (sin calificativo de loco) y en realidad, al comunicarse a un papel lo hace a sí mismo, objetiva su intimidad, se acompaña porque se manifiesta.

De la misma manera el que usa el teléfono sin línea, como lo hacía aquel hombre, objetiva sus pensamientos, sus deseos, expresándose en voz alta como una necesidad de sentirse, de verse, de que el alma salga afuera por la voz, respire; no hacemos otra cosa los que volcamos nuestro corazón en la complacencia de algún amigo.

Naturalmente que yo no trataba de convencerlos, ellos tampoco lo pretendían conmigo, porque nuestra conversación entró en el terreno en donde ya no se discute: el respeto de la vida de los demás. Sé de muchos que en iguales condiciones que aquel muchacho, ponen un disco en la ortofónica para oír una voz humana y, otros, que al salir "de las casas" (como dicen en el campo), se despiden gritando el nombre de su madre o de sus amigos, como si estuviesen ahí.

No es nada más que una defensa (natural) de la soledad, hay un momento en que uno siente su alma diluirse en partículas con el aire, con la tierra; pierde su lugar en el espacio y entonces hay una necesidad imperiosa de concretarse y enfocar su vida en algo, de ahí ese cariño celoso al perro que nos acompaña; al caballo que montamos, hasta a las prendas que usamos para vestir.

El teléfono le prestaba auxilio, refugio a nuestro solitario, del "Liberado". Claro que no le servía su uso prácticamente en el sentido de la función que tiene, (con líneas), que nos precede, diríamos que nos estira, ganando al tiempo.

Todavía oigo su voz cuando decía: "Voy a pensarlo", "Tengo tiempo", "Luego llamo". A mí me emocionó.

Nuestro viaje continuó agradable e interesante, pero el recuerdo del "Liberado" es lo que valía, para mí, el haberlo hecho. Más aún cuando llegamos "a la civilizacin", donde uno ansía muchas veces darse el lujo de una hora de soledad.

En busca de esto habíamos hecho nuestro viaje, teníamos ansias de horizonte inmenso y de bellezas naturales, eso lo gozamos y también el paisaje siempre nuevo de un alma.

No comparo. La sensibilidad tiene matices infinitos.





Industrias de la Miseria

POR

Enrique Palma

Ilustraciones de Parpagnoli

El Carnicero de los Humildes



Hablando con un hombre que tiene un puesto de venta de carne en la feria, éste me refiri que él conocía a otro a quien la miseria había llevado a improvisar un abastecimiento de carne de "requechos".

Al ver nuestra curiosidad nos invitó a caer por su puesto cualquier día a las 11 horas. Así lo hicimos. Una mañana nos dispusimos a conocer al provinciano que empezó juntando restos de carne para los suyos y terminó por hacerse abastecedor de los mismos para otros menesterosos como él. Llegamos puntualmente a las 11 horas al puesto de nuestro conocido, en el preciso momento en que la campana anunciaba que por ese día se cerraban las ventas.

Cuando nos vió, el puestero hizo una seña a un robusto morocho vestido con ropas muy humildes, saturadas de grasa, y le dijo:

—Atendelo, Juan, es un amigo, quiere saber algo de lo que te pasa.

El aludido nos mira receloso, como temiendo algo que lo perjudique, o bien sintiendo pudor de su desesperante situación.

Con breves palabras y un cigarrillo, que devora más que fuma, conseguimos que se nos franquee.

—¿Es argentino, amigo?

—Así es, señor —nos dice con desesperante humildad—. Soy de Salta. Tres años hace, señor, que vine a Buenos Aires. Yo vendí mis cabras y con mi compañera y dos chicos vine pa' emplearme. Pero, ¿sabe?, no pudo ser...

—¿No trabajó nunca, aquí?

—Alguito; changuitas, señor; pero de hace mucho, nada, nada, ni así. (Hace el clásico gesto, llevándose entre los dientes el índice y el pulgar de la mano derecha).

—¿Y cómo ha podido vivir con los suyos?

—No se, señor...; milagro fué...

—¿Y ahora?

—Ahora, señor, primero vine aquí para buscar alguna carne; después junté más, y, un día empecé a vender allá por mis pagos, Puente Alsina; sigo en esto...

—Y ¿cuánto saca por esa bolsa de carne?

—A según, sabe; mucho fiado; centavos: 40 y 50, y, se come, señor...

—Y, ¿cómo viene desde Puente Alsina?

—De a caminando, señor, voy y vengo...

—Y nos pidió permiso para despedirse con estas sencillas pero expresivas palabras:

—¿Sabe?, tengo dos horas cabales de andar...

★

El Fabricante Casero de Lavandina

Un atardecer, mientras viajábamos en uno de los ómnibus que van hasta Mataderos, pescamos en un lacrimoso diálogo entre dos mujeres del pueblo, esta curiosa revelación:

"... Y ahora mal que mal, doña Filomena, nos defendemos un poco... Gracias a Dios, desde que a Pedro se le dió por "fabricar" la lavandina, él y los chicos consiguen sacar su buen pesito... En fin, se come... algo, por lo menos.

Nos interesó el dato y, en consecuencia, resolvimos continuar el viaje para conocer el misterio de la lavandina casera que permitía a una modesta familia proletaria parar con algo la olla.

Cuando la buena mujer descendió, ya casi al final de la avenida Juan Bautista Alberdi, descendimos también nosotros, y nos pusimos en su seguimiento a una prudencial distancia.

Después de cruzar un extenso baldío, llegó a una casucha, y luego de saltar una zanja que hacía las veces de tapial, se metió por una de las aberturas de la que hacía de pieza, seguida festivamente por un perrito.

Nos anunciamos con unas palmadas y salen a recibirnos en pleno: él, Pedro Descalzó; ella, María y dos pibes de 7 y 9 años, respectivamente: Leandro e Hipólito.

Adivinamos que nuestra visita despierta el trágico temor de que una ordenanza o una ley, ponga en peligro el funcionamiento de la "fábrica".

Pero cuando explicamos nuestro propósito, renace la calma y se nos ofrecen todas las explicaciones. Mientras conversamos nos llevan hasta el sitio donde funciona el improvisado establecimiento. Los útiles son sencillos: tres medias bordalesas y algunas latas vacías de kerosene.

Iniciamos el diálogo:

—¿Cómo se le ocurrió hacerse fabricante de lavandina, amigo?

—Y cómo había de ser: por la necesidad; yo hace algún tiempo trabajé unos días como peón en una fábrica allá por Ciudadela. Cuando me cansé de buscar trabajo y ya bloqueado por la falta de níqueles para movilizarme, se me ocurrió hacer lavandina para los vecinos y empecé vendiéndola por latas. Pero como no tenía capital para los ingredientes, les pedí un anticipo, que gasté.

La superioridad de mi lavandina me convenció de que podía producir agua de calidad y a más bajo precio. Cuando al mes conseguí hacer pie, produje algo más y embotellando el agua salí con mis chicos a ofrecerla por los alrededores, utilizando una bolsa como medio de transporte. Así, en varios viajes, durante el día, conseguí vender hasta 3 y 4 docenas; cantidad que actualmente llega hasta 6 docenas.

—¿Y qué ganancias obtiene por ese trabajo?

—Por ahora 7 y hasta 8 pesos por semana; pero si como espero, consigo hacerme de un pequeño carrito de mano, entonces no será difícil que doble las ganancias.

Y dejamos al improvisado fabricante, un albañil a quien la desocupación ha bajado del andamio hace un año.

★

El Cuento del Anillo

El cuento del anillo de compromiso, ofrecido en desesperada venta por el borracho, es, al parecer, el primer difundido cuento criollo del Buenos Aires viejo. Los primeros explotadores de este tan ingenuo como lucrativo cuento, que tuvo su apogeo desde el 90 al 1910, fueron los conocidos "cebolleros", que recurrían a este recurso para hacerse de los pesos necesarios para enriquecer su vestimenta y poder afrontar su presupuesto de "cañas" y otras bebidas.

El que nos dió el dato, nos ofreció presentarnos al "Negro", un criollo que hoy carga sus casi 65 años y que actualmente se rebusca el puchero haciendo de celoso cuidador de autos.

Lo encontramos en un boliche, viejo cantón de ex "taitas", en la calle Zelaya y Laprida.

Llegamos bien anochecido, en el preciso momento que el "Negro" iniciaba sl rosario de "cañitas". Después de la presentación, lo invitamos a una "doble" y, sin transición, bruscamente, le pedimos que con sus recuerdos nos trasladara a los "gloriosos tiempos de sus floridos 30 años". La invitación lo halaga y se dispone a contar.

Y mientras él hace memoria, nosotros lo evocamos allá por el 1890, cuando con su pantalón a la francesa, el funge "Mazera" y la faja negra ceñida a la cintura flexible, sacando de entre la faja el pañuelo "tobiano", en cuya punta estaba anudado el famoso "zarzo", listo para entrar en acción.

—No tiene importancia..., en aquel entonces —empieza diciendo el "Negro"—, la cosa era fácil y no había riesgo...

—Y, ¿cómo era... la historia?, decimos ensayando un eufemismo.

—Fácil, viejo, fácil...

—Y, ¿por qué no la cuenta?...

—Bueno, si tiene curiosidad, ahí vá: Una vez que se veía el candidato, que para no variar era siempre un "grullo" o un "gaita", me acercaba a él y, tomándolo del brazo, le pedía que me atendiera. Para que el candidato no echara a correr despavorido, el recurso era simular caerse y lloriquear.

Cuando el "grullo" o el "gaita" había tomado confianza, empezaba el trabajo, que era más o menos así:

"Mire amigo, ¿vé este yoro?; bueno, amigo, yo soy un pobre desgraciado... Imagínese que una mala mujer, la misma con la que he tenido un hijito y que por el pibe ya estaba por darle mi nombre, se me ha ido con otro. ¡Perra la mujer, amigo! Y bueno amigo, ¿vé?, estoy borracho... ¿Y sabe por qué? De rabia, amigo. Pero aura que me he chupado hasta el último níquel, me he acordado que mi pobre pibe, —¡Pobrecito!— está sin haber probado un cacho de pan en todo el día. Y eso, amigo, yo lo sé, no es de hombres. Bueno, amigo, si usted es un hombre, debe hacerme un favor...; yo, amigo, no le pido una limosna; lo que le pido es que me compre este anillo de oro que la mujer esa iba a llevar en su dedo. Y vea, amigo, yo no le hago precio; deme lo que quiera".

Y para mejor impresionarlo al "gil", adrede hacía caer el "zarzo" en las piedras y como él "tilín, tilín" del cobre es casi igual al del oro, el ruidito facilitaba el trabajo, tentándolo con la pichincha.

Lo demás dependía de los pesos que el candidato tuviera encima, o bien de lo que uno podía sacarle.

Y según nos refirió el "Negro", algunos viejos "zarzeros" que campeaban por la vieja Recoba, "volteando los golondrinas", llegaron a ser rentistas.

Hoy, claro está, este viejo cuento, el más criollo de todos, como los papeles de 50 centavos, ya no circula.



El Domador

EL cacique Pérez vivía a pocas leguas de Añatuya, en un rancho escondido en el panorama de la selva. Preparaba, en aquella época, su tercera empresa comercial con los ingenios tucumanos adonde conducía su tribu, sometiéndola a las faenas anuales de la zafra.

Había sido un niño alegre, hijo de unos colonos españoles que murieron combatiendo con un malón de indios en una avanzada de éste sobre un poblacho santafecino, cerca de Fortín Inca. Los matacos lo llevaron como botín de guerra, cuando apenas tenía 14 años de edad, y desde entonces vivió en las tolderías. Ahora que era cacique, se tomaba la revancha, haciéndolos trabajar en su exclusivo beneficio.

Como le agradaba mi presencia, se entretenía relatándome cuentos. Uno de ellos es el que voy a bosquejar, respetando en lo posible la sencillez y la simpleza con que solía expresarse.

El origen de los padres del cacique y el argumento de este trabajo, denuncian una innegable influencia en éste, de los antiguos cuentos de Callejas, pero conserva el vigor y la originalidad localistas que fué adquiriendo con el tiempo, a través de una o varias generaciones.

* * *

Eran tres hombres, comenzó diciendo el cacique. Uno se llamaba Arrenquemonte, porque era tan fuerte, que arrancaba de raíz los árboles que tocaba. Estos tres hombres resolvieron trabajar, y aunque hacía mucho frío, echaron a caminar, siguiendo las huellas de un carro. Al cabo de varios años, llegaron a un obraje del Chaco, donde se conchabaron de hachadores. El capataz, que lo era un tal Paredes, los condujo al campamento menos frecuentado, diciéndoles antes de pegar la vuelta:

—Tienen que derribar todos los quebrachos que encuentren.

Los tres hombres pararon un rancho, que más bien parecía un quinchal, poniéndose de acuerdo en ayudarse lo mejor posible. Resolvieron, en primer término, que uno quedase a cocinar mientras los otros fuesen al desmonte, turnándose todos los días. Y así lo venían haciendo, hasta que les ocurrió algo inesperado.

Hallábase cocinando uno de los compañeros de Arrenquemonte, cuando se le acercó una vieja, pidiéndole alimentos. El mozo le contestó que no podía complacerla, porque todo lo que estaba cocinando sería para los hachadores. Entonces, la mujer se puso a pelear por la comida, y luego de una lucha cuerpo a cuerpo, "bastante brava", logró vencer a su rival, devoró el locro que tenía parado éste y se dió a la fuga.

Cuando los hachadores se enteraron de lo ocurrido, no pudieron disimular su desagrado.

—Mañana —dijo uno— cocinaré yo y ustedes irán al desmonte.

Al día siguiente cumplió lo convenido, pero cuando ya estaba a punto la comida, llegó la vieja y díjole:

—Niño lindo: ¿no quiere darme un poquito de ese quirquincho que está asando?

—¡Ajá! —exclamó éste—, ¿Con que es usted la bruja que nos dejó ayer sin comida? ¡Arrímese y verá quién soy yo!

La vieja se indignó y ahí nomás se trabó en lucha, hasta que el pobre mozo se dió por vencido. Como la "vez pasada", la mujer comió el almuerzo de los hachadores y se fué.

Arrenquemonte escuchó el relato de su compañero y luego declaró más enojado que el día anterior.

—Ya van dos días que no como. Mañana quedaré yo.

Y así lo hizo. Cazó un avestruz grandote y lo estaba asando cuando se le presentó la vieja:

—¿Vos sos Arrenquemonte, ¿no? —preguntóle en tono insolente.

—Así será —respondió el mozo, mirándole a los ojos. Y sin decir más, se pusieron a luchar. Pero como Arrenquemonte era muy fuerte, la venció después de dos horas largas. Entonces la vieja intentó asesinarle, y el mozo no tuvo más remedio que hundirle su puñal en el corazón y enterrarla a tres cuadras del rancho.

Cuando los hachadores regresaron, felicitaron a Arrenquemonte por su triunfo, y luego de alimentarse bien, resolvieron descubrir el lugar donde vivía la que tantos disgustos les había ocasionado. Siguiendo su rastro, caminaron dos días en la selva, al cabo de los cuales, llegaron a la entrada de una cueva.

El cacique Pérez hizo una pausa en su relato. Yo concretó mi única manera de ver y sentir la escena, en esta pregunta:

—¿Sería la salamanca, tat Pérez?

—La salamanca de Pozo del Tigre —respondió,— a 124 leguas de este sitio. Los tres hombres, continuó diciendo, pensaron que la cueva podría ser muy honda y se pusieron a "longiar" varios cueros que encontraron ahí, hasta hacer una cuerda bien larga, en uno de cuyos extremos ataron un tronco de quebracho colorado, acordando la forma en que iba a ser utilizada.

—Si el que estuviese dentro de la cueva — legisló Arrenquemonte— sacudiere la cuerda, indicaría con ello que no se atreve a continuar descendiendo. En este trance, los de fuera le ayudarían a salir. Pero si la tirase con fuerza, expresaría lo contrario y debería ser aflojada lo más lento posible, a fin de que por tal medio de comunicación con los de arriba, esté siempre al alcance de su mano.

Pero como sus compañeros sacudieron la cuerda segundos después de largarse, Arrenquemonte penetró sin miedo y luego de mucho andar entre una cantidad fantástica de reptiles, que trataban de atacarlo por los cuatro costados, se encontró con un hombre, que era el padre del viento y que se llamaba Huayrapuca, con el cual peleó hasta vencerlo.

Un poco más seguro de su fuerza, Arrenquemonte siguió avanzando, hasta dar con una vieja, que era la peste. La mujer lo culpó de la muerte de su hermana y se le fué encima, apretándose los senos, de los cuales salían grandes chorros de leche hirviente que habrían dejado ciego a Arrenquemonte si no hubiese atinado a taparse los ojos con el sombrero. También la venció y siguió adelante, tirando con entusiasmo la cuerda de tiento. Pero como ésta no daba más, la dejó colgada y se largó, dando un tremendo brinco, a una cañada donde encontró a un hombre que estaba sentado sobre la tranquera de un corral, en el que había seis mulas muy flacas. Al ver a Arrenquemonte le dijo:

—¿Qué anda haciendo por aquí, amigo?

—Buscando trabajo —respondió Arrenquemonte.

Entonces el hombre le preguntó si quería ocuparse con él para amansar unas mulas, que eran muy chúcaras. Le pagaría muy bien.

Arrenquemonte pensó que las mulas no le darían mucho trabajo, porque apenas podían tenerse de flacas, y aceptó la propuesta. Le puso el freno a una y de un salto estuvo sobre el lomo del animal, más prendido que una garrapata. La mula comenzó a corcovear y en un descuido de Arrenquemonte enfiló hacia una represa llena de fuego. El domador, medio desesperado ya, atinó a hacerle una cruz en el cogote y la mula desapareció. Y así siguió con las otras. Todas querían tirarlo a la represa y él les hacía una cruz, con el dedo, en el cogote, y las mulas desaparecían. Hasta que terminó de domar a la última, que fué la más mala.

* * *

El cacique hizo una nueva pausa. Me miró fijamente. Al notar que no había logrado impresionarme, tomó una de mis manos y exclamó en voz baja, ronca, firme, moviendo al mismo tiempo sus grandes cejas negras:

—Esas mulas, niño, eran diablos; y el dueño, el diablo más grande. De manera que cuando se vió vencido por Arrenquemonte, se le acercó para decirle con humildad:

—Perdoname, Arrenquemonte. Ya me habían dicho que eras muy valiente. Tomá el dinero que has ganado por la amansada y, desde hoy, conocerás la ciencia del bien y del mal. Por eso dicen que Arrenquemonte es el único salamanquero que no tuvo necesidad de vender su alma al diablo para hacer milagros, curar con gualicho y curar el mal de los ojos con agüita de binal.

—Pero —inquirí, advirtiendo que el cacique había terminado su relato— ¿qué fué de los compañeros de Arrenquemonte, esos que quedaron a la entrada de la cueva?

—¡Ah! ¡Me había olvidado!— exclamó sonriente—. Soltaron la cuerda y huyeron cuando Arrenquemonte salió por sus propios medios. Hace muchos años, agregó, llegaron a la toldería donde yo estaba, y nos contaron todo, en la forma que yo la acabo de hacer.

Carlos Abregú Virre

ILUSTRACION DE RO

Jack Dempsey Intimo

por

JIM TULLY



E desmorona su frente. Sus orejas cierran la cabeza. Y debido a que el "mauling" siempre se mostró severo cuando se trató de "encerrar a Dempsey", esas orejas no están deshechas como las del común de los pugilistas. Sus ojos son pequeños, vívidos, suaves y rápidos en el ring. Detrás de las cuerdas, ellos refulgen a lo víbora, en un mirar firme.

Su cuerpo salta hacia arriba cuando camina, como si sus talones fuesen gruesos trozos de goma. Sus músculos son sueltos, sin formar abultamientos. Igual que el tigre, el peleador nato no tiene abultamientos de carnes en los músculos.

Cuando se mueve con rapidez, lo que ocurre frecuentemente, sus piernas parecen hacerlo levemente para dentro, y sus rodillas se rozan, hábito sin duda contraído en el ring, para mejor mantener el equilibrio bajo los golpes del adversario.

En las conversaciones, nunca discute cualquier cosa. Dice "usted quizá tiene razón" o, en caso de duda, "no sé nada acerca de eso".

Jamás dice sí o no enfáticamente.

Ama las carcajadas, la alegría, el ruido, los sonidos metálicos, el instante álgido en los melodramas, el encanto de lo femenino.

Sumamente entrenado en los valles del pecado, no clasifica a hombres y mujeres de acuerdo con su modalidad.

Es de sangre india, irlandesa, escocesa y judía. Se siente contento al aire libre mientras ve animales a su alrededor. Como de muchacho, reuniría a todos los perros perdidos de la vecindad.

A diferencia de casi todos los hombres primitivos, no es religioso en medio de las fuerzas abrumadoras. De honda compasión para todos, carece de sentimientos para los que padecen en forma más sutil de la que él puede entender. Demasiado honesto para tener pretensiones, la adulación de los necios nunca pudo hacer de él un comentarista de cuarta categoría acerca de Shakespeare.

Posee una divertida tolerancia para las cosas raras de los demás. Cuando los cronistas deportivos, que han oído hablar de Shakespeare, mencionan la admiración de Tunney por éste, Dempsey sonríe y en una ocasión dijo:

—Ese muchacho hace bien si es que eso le sirve para algo.

No padece prejuicios raciales.

Demasiado inteligente para ser un patriota enceguecido, no tuvo deseos de morir durante la guerra mundial por una causa complicada que no comprendía.

No quiere hablar de la muerte.

Cuando le hablé del fin de Ernie Schaaf, después de su encuentro con Carnera, frunció el ceño breves segundos y dijo rápidamente:

—Muy malo... el también era un buen muchacho.

Y siguió sirviendo bebidas a un grupo de muchachas.

Sus parientes y mejores amigos lo siguen todavía llamando "campeón". Fuma muchos cigarros y rara vez bebe algo intoxicante. Su bebida favorita es la cerveza, que sorbe lentamente.

Nunca se encuentra sin numerosas monedas de medio dólar en los bolsillos. Es el blanco de los pedigüeños, a los que nunca se muestra esquivo. Una moneda de plata se desliza como por casualidad en manos del que pide.

Los parientes necesitados llegaron a mostrarse tímidos para solicitarle siquiera una pequeña suma de dinero. En lugar de los cinco dólares pedidos, entrega cincuenta.

Si un amigo admira su pañuelo o el reloj que usa, se lo entrega. Si es que compra algo para sí, hará lo mismo para el amigo que le acompaña.

Viéndose constantemente con miles de personas, nunca olvida un rostro ni las circunstancias en que lo conoció.

Ha ganado cinco millones de dólares, aproximadamente. De esta cantidad, una mujer, ha recibido alrededor de un millón, los abogados otro millón. Jamás de palabra o por gestos ha evidenciado el menor resentimiento por ellos.

Es capaz de un humorismo sardónico. Cuando, después de ser presentado a un juez, yo me negué a estrecharle la mano debido a que usaba toga, Dempsey hizo lo mismo. El hombre de la ley, ligeramente enervado, apeló en vano ante Dempsey. Llegó un rumor de la multitud, hombres todos que debían enfrentar jueces.

Su mente es la más rápida que conocí entre pugilistas. En una ocasión, durante un simulacro de asesinato, él fué encargado del papel de acusador. Su parte consistía en abandonar la habitación mientras se perpetraba el crímen.

Después de regresar, debía preguntar a todos los presentes lo que había ocurrido y así descubrir al criminal.

El buscó a los supuestos criminales entre un grupo de veinte. Sus preguntas fueron tan rápidas y directas que la "autora" tuvo que confesar.

Sabe observar desde un rincón del ring cualquier auditorio y calcular mentalmente sin equivocarse más que en unos cientos de dólares, cuál ha sido la entrada de boletería.

Durante su última jira de exhibiciones no firmó contrato por menos de cinco mil dólares por exhibición. Con una miraba abarcaba el producido cada noche.

★

Goza de popularidad entre las mujeres. Producto de un mundo en que predomina una sola clase de mujeres, no abriga ninguna ilusión acerca de las otras.

Saluda a todas las clases de mujeres con la misma amabilidad. Su costumbre, a menos que sea una mujer demasiado alta u obesa, consiste en palmotearle la parte curva de su anatomía. El puño de hierro que derribó a Williard, puede, en ciertas circunstancias, ser suave como una seda. A todas las llama "hermanas".

Costumbre de los días en que los alimentos eran escasos, frecuentemente me ha saludado con esta pregunta:

—¿Ha comido ya?

Tiene la amabilidad de la fuerza consciente de sí mismo. De cualquier manera, ningún hombre de ochenta años podría sentirse tranquilo con él, estando en un ring.

Cuando un antiguo pugilista hizo colapso bajo sus puños, en un campo de entrenamiento, yo le dije:

—Eso está mal.

—Cuando uno se coloca detrás de las cuerdas, se supone que es para recibir — me respondió.

Se acercó al pugilista derribado.

—¿Se siente bien? — le preguntó.

El pugilista permanecía tirado en el suelo, con la garganta rota, al parecer. Murmuró:

—Sí, Jack.

—Así es la cosa — repuso Dempsey palmoteándole el hombro.

Yo me volví para contemplar al caído, mientras Dempsey me decía:

—Yo aprendí mi lección a comienzos de la carrera... contra Bill Brennan, un excelente muchacho y buen peleador. Simpatizaba con él, y deseaba dejarlo actuar un poco, lo mismo que satisfacer al público por el dinero que había pagado. El me alcanzó en el tercer round con un directo en la mandíbula que me dejó medio inconsciente. No me dí cuenta de nada hasta llegar al duodécimo round, cuando me recobré y lo despaché. Después de eso, me convencí que debía acabarlos cuanto antes.

Es tan difícil para Dempsey refrenar un golpe como para una pantera contenerse ante una presa. Pero siempre está presto para ayudar a un adversario vencido, una vez en su rincón.

No se le puede hablar de sus bondad hacia los otros, ni de inconducta de los demás para con él.

Una vez que estaba a su lado en un lujoso hotel, una mujer llegó a la puerta de su departamento. Era una mujer de vida airada que le brindara su amistad en épocas en que ambos fueron más alegres y jóvenes.

—Me miró el empleado y me dijo que no estabas — dijo ella.

Dempsey palmoteó sus curvas y le respondió:

—Siempre estoy para tí, hermana.

... le refirió la historia vulgar de la mala suerte que toca ... al vicio y a la virtud.

Ella deseaba regresar a su pueblo... novecientas millas de donde nos encontrábamos. Necesitaba ropas y un pasaje.

Dempsey salió de compras con ella, le compró el pasaje y le entregó cien dólares.

Cuando ocurrió eso, yo le dije.

—Eso está bien de su parte.

Me respondió:

—Ella hizo igual cosa conmigo.

Sus energías son inagotables. A menos de estar dormido, nunca se distiende. Rara vez permanece sentado más que unos pocos minutos, y durante esos momentos, sus ojos se mueven constantemente, mirando a su alrededor.

Cuando llega a la habitación del hotel, lo primero que hace es sacar de sus bolsillos un mazo de cartas que coloca sobre la mesa, como un predicador hace con la Biblia. Hace solitarios hasta que lo vence el sueño.

Excepto en momentos de gran aflicción, su ánimo es alegre.

No le agrada conducir automóviles.

—Uno no puede pensar sobre las ruedas de esa cosa maldita, dice.

Un secretario generalmente maneja el vehículo. Cuando va solo, Dempsey se sienta en el asiento delantero, con un cigarro entre los labios.

Si es que va acompañado por algún amigo, se arrincona en el interior del automóvil, mordiendo nerviosamente, pero rara vez fumando su cigarro. En esas ocasiones sus ojos empequeñecen y su frente se agrieta ligeramente.

Cuando da una orden, el secretario responde en tono respetuoso:

—Muy bien, "campeón".

Su automóvil se encontraba en California al final del último invierno. Un día arrojó su equipaje en el interior del mismo, y le dijo a su secretario:

—Vamos a Nueva York.

Y a pesar de la nieve, la humedad y el frío, a los diez días estaba allí.

No existen penurias físicas para él.

La carrera política estaba gastada cuando él subió al ring. El tenía valor, sin belicosidad, y tacto sin astucia.

Cuando está mejor, es en la conversación rápida.

Junto con él asistí al encuentro Schmeling-Stribling.

Mientras se registraba golpe por golpe, sus hombros se agitaban. Lo rodearon los repórteres al terminar el encuentro. Le dispararon docenas de preguntas. Desazonó a todos.

En asuntos como ese, su sentido del honor es alto.

Cuando yo lo critiqué reciamente desde una revista, hace siete años, me dijo:

—Ha sido duro conmigo, Jim; pero la cosa no fué tan fácil con Williard. Teníamos muchos sitios a donde ir juntos.

Y a pesar de que muchos de sus amigos salieron beligerantemente en su defensa, ese artículo jamás volvió a ser mencionado en nuestras conversaciones.

Entonces se había casado con Estelle Taylor, la actriz de cine. Su vida fué una ironía monstruosa.

Su dormitorio era de seda y cosas así. Cuando notó que mi vista contemplaba eso, absorta, dijo rápidamente:

—Detesto la idea de hacer llegar aquí a los viejos amigos... van a querer besarme.

Su esposa dijo:

—Después de todas las penurias que ha sufrido Jack, quiero que viva confortable y agradablemente, rodeado de todas las comodidades. Lo quiero mucho... y esto suavizará la crueldad innata en él. También quiero que sea un hombre versátil, que sea capaz de hacer muchas cosas. Jack realmente puede actuar en escena y resulta muy bien en la pantalla.

Hace mucho que se divorciaron.

★

La madre del pugilista, de más de setenta años de edad, es la pasión de su vida. Después de cada uno de sus encuentros de importancia, todos los cuales se celebraron a más de dos mil millas de donde ella vive, él marchaba a su encuentro dentro de la semana.

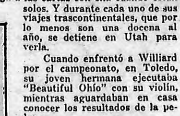
Su hijo ha heredado su nerviosa vitalidad y energía. El nunca le discute nada.

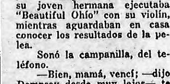
Difícilmente podría descubrirse la menor demostración exterior de afecto entre ambos. Juega a las cartas con ella cuando están solos. Y durante cada uno de sus viajes trascontinentales, que por lo menos son una docena al año, se detiene en Utah para verla.

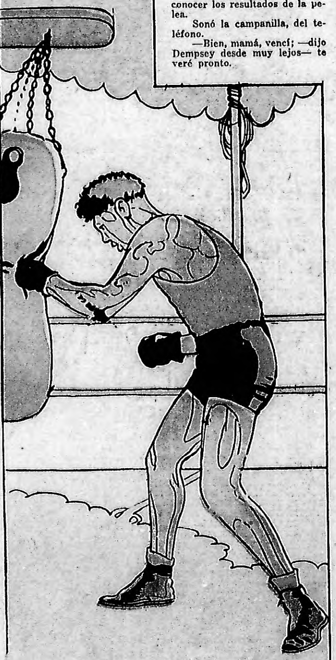
Cuando enfrentó a Williard por el campeonato, en Toledo, su joven hermana ejecutaba "Beautiful Ohío" con su violín, mientras aguardaban en casa conocer los resultados de la pelea.

Sonó la campanilla, del teléfono.

—Bien, mamá, vencí; —dijo Dempsey desde muy lejos— te veré pronto.









Terminada esta breve conversación, la madre del nuevo campeón se sentó cerca de la mesa cubierta de hule, permaneciendo en silencio largo rato.

Estaba afligida. Hacía diez años que peleaba Jack. Su hijo mayor también había sido pugilista. Conocía a boxeadores que visitaran su casa. Y al saber la noticia de la victoria de su hijo, temió morir por la emoción que experimentaba.

Los millones de dólares que a eso siguieron, la encontraron impasible. Ella no quería vivir en una mansión de Hollywood. Una pequeña casa de campo frente a las montañas de Wasatch es ahora su hogar.

Tan horrible fué el castigo infligido por Dempsey a Williard, que sus entrenadores se horrorizaron.

Con los ojos casi cerrados y el rostro hinchado hasta hacer imposible su reconocimiento, cayó al suelo de su cuarto de vestir, murmurando:

—¡Dios, Dios, Dios, Dios mío!

Sus segundos lo contemplaban enmudecidos. Hasta que al final uno le dijo:

—Vamos Jess; todo ha pasado.

El campeón vencido parecía llorar. Antes de que acabara de vestirse, Dempsey llegó hasta él.

La visera de su gorra ocultaba sus ojos. Su brazo rodeó a su antagonista.

—Olvide esto, Jess —lo consoló—. Es cosa del juego. No podíamos vencer los dos.

Williard musitó una frase sin rencor:

—Gracias, Jack.

Dempsey sonrió.

—Así me gusta, Jess... todavía le queda mucha pelea.

Williard había sido prácticamente deshecho ante una avalancha de golpes descargados con pavoroso acierto. Kid McCoy, dijo comentando lo que había visto:

—Yo no hubiera podido resistir cinco rounds frente a Dempsey, si hubiera peleado contra mí de esa manera.

Durante una comida, el día del encuentro entre Uzcudun y Baer, varios cronistas de diarios y coterráneos de Uzcudun rodeaban la mesa. Presidía el extinto Wilson Mizner. Los vascos trajeron botas de vino. En virtud de la peroración sentimental de Mizner, cada uno de los vascos allí presentes levantó su bota y se dedicó a volcar vino en la boca del orador con la científica precisión de un agente de policía disparando su arma contra una persona inocente.

Cuando cesaron las carcajadas, Dempsey dijo solemnemente:

—Muchachos, ustedes no muestran el respeto debido para Mr. Mizner. El tiene derecho a hablar, y esta es la última oportunidad que tenemos de escucharle reunidos. Debemos oírlo.

Mizner se perdió rápidamente de nuevo en su selva de hipérboles.

"Somos, caballeros, los últimos de una magnífica escuela que pronto se clausurará por siempre. Con nosotros se irán los días de gloria pasada. Nos reunimos aquí en un instante fugaz para recordar momentos sin remordimientos, en ocasión feliz. Y aunque vivimos en el país en que el hombre es el carcelero de su hermano, nosotros, por lo menos, somos un grupo de endurecidos viajeros entre las playas nebulosas de la eternidad. Pues hemos aprendido que...

"La amistad es una cadena de oro
que nos ata a todos juntos;
y si nunca rompemos esa cadena
seremos siempre amigos..."

Antes jamás vi una reunión tan brillante"

Repentinamente gritó:

—¡Dios mío! ¿Se está quemando algo?

Miró a sus pies.

Uzcudun había encendido una fogata a sus plantas.

Mizner dió un puntapié en el suelo y exclamó:

—¡Ustedes son una tropa de bandidos y asesinos con navajas melladas! Sus madres no se envenenaron el día que nacieron ustedes, porque no había veneno en la casa.

★

La ola turbulenta en la vida de Jack Dempsey llegó en 1917, cuando Jack Kearns llegó a ser su manager. En ese entonces, a ser su manager. En ese entonces, a pesar de contar ya con más de siete años de ring, aun no era un pugilista extraordinario.

Se había acordado entre ambos que Kearns percibiría el cincuenta por ciento de todo el dinero que ganara Dempsey. No se firmaron papeles.

Jack Kearns había sido en un tiempo un mediocre peso "welter". De sus numerosas caídas en el ring, se había levantado con un cerebro astutísimo. Una especie de Tayllerand.

Típico irlandés, sentimental, cruel y amable, según el momento, conocía a fondo el oficio más encanallado del mundo.

Con una penetración cercana a la genialidad, sabía con su puño cuadrado obtener lo que quería de hombres menos astutos que él. Superior al medio que lo rodeaba, este pugilista de otros tiempos merece algo más que una mención de pasada en la historia de los golpes.

El rompimiento se produjo cuando Dempsey se casó con Estelle Taylor. Kearns se oponía a la realización de esa boda. El pobre Dempsey pronto tuvo dos managers y una montaña de líos. El encontró pretextos para acabar con su compromiso verbal con Kearns. Pocos meses, antes de su primer encuentro con Tunney, me dijo:

—Usted vé, estoy casado. Un reparto de cincuenta y cincuenta por cada cien, entre los dos, es demasiado. Debo preocuparme por mi esposa.

Estelle, en aquellos días, ganaba de veinticinco a cincuenta mil dólares por año, como actriz de la pantalla.

Dentro de ese año, Dempsey era enfrentado por Tunney, por el campeonato. Trabado por mil medios por los abogados que tomara a su servicio Kearns, debía pagar caro su único error. Y hasta su mujer pronto iba a abandonarlo.

Ilustraciones de Rechain



Perspicaces

Disonancia

UNA noche en Londres, en el invierno de 1885, después de comer en casa de mis compatriotas el Dr. B. y su lindísima señora, que me brindaron en ese momento gentil hospitalidad, fuimos juntos a un remate de cuadros en los salones del negociante a la moda.

Allí encontramos, entre la brillante concurrencia, a otro compatriota que ha dejado merecida fama entre nosotros, por haber sido uno de los caballeros más cultos y refinados de su tiempo, acompañado de su mujer, dama que supo llevar durante años el cetro de la hermosura indiscutida.

Mi amigo tuvo la suerte de adquirir a bajo precio una pintura del siglo XVIII, una chica en un bosque llevando un manojo de fresas, que fué después atribuída al célebre Northcote, discípulo y feliz imitador de Reynolds.

Ofrecieron entonces a la subasta pública dos primorosos retratos ovales, una dama y un caballero de pelo empolvado, cuya gracia versallesca hubiera completado el adorno de cualquier salita elegante.

El compatriota que se nos había reunido, entusiasmado con aquellos retratos, iniciaba un gesto hacia el rematador, cuando la señora exclamó asombrada:

—Pero, Julio, ¿cómo vas a comprar retratos de personas que no conocemos?

Este grito de alarma paralizó el impulso entusiasta del marido, y el martillo del rematador cayó sobre otra postura. Talvez la de algún pariente de los retratados.



★

Fatal Imprudencia



LA señora de Alomar tenía en realidad treinta y dos años, pero al salir de Buenos Aires con su marido, en viaje de recreo, declaró veintisiete en el pasaporte:

—¿Para qué envejecerme — decía — si todo el mundo encuentra que no parezco más?

—Tienes razón, hijita — contestaba el marido.

Ya hacía varios meses que viajaba por Europa, cuando en Málaga, en una excursión a los alrededores, abrasada de calor, bebió un vaso de agua fresca, y contrajo una fiebre tifoidea que dió con ella en el cementerio.

Cuando se produjo el fatal desenlace, el doctor Gómez Enciso, que la había atendido con inteligencia y abnegación, le decía al marido:

—Es rarísimo que esta pobre señora, que ya había pasado los treinta años, según Vd. me dijo, haya contraído el tifus.

—Pero doctor, ¡Si se quitaba la edad! En el último pasaporte se puso veintisiete...

Y el médico, caviloso, murmuró:

—¡Qué imprudencia!

★

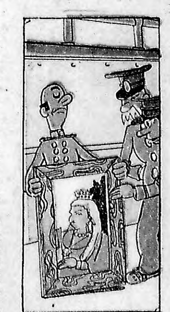
La Reina Victoria y el Vista de Aduana

HACIA 1891, la Comisión de Presupuesto declaró libre la importación de obras originales, y aplicó un derecho de entrada a las copias.

En tales circunstancias, llega del extranjero un retrato al óleo de la reina Victoria, que aun proseguía el curso de su gracioso reinado.

Pero si la ley de Aduana había experimentado una modificación, el personal de Vistas no había sufrido ninguna; los mismos que apreciaban antes la calidad del aceite, o del jabón, debían abocarse el problema, por demás técnico, de distinguir a ojo de buen cubero una obra de arte original de una copia.

El Vista que se halló delante del retrato de la reina Victoria, debió quedar perplejo antes de tomar partido. ¡Más le hubiera valido hacer la vista gorda!; pero era menester decidirse a fin de aplicar el novísimo Arancel, y declaró gravemente que, *siendo la reina Victoria el original del retrato, éste no podía ser más que una copia.*



★

El Asombro



EL abate Doyennat, aquel día, vino a visitarme, como de costumbre, en traje talar, y al entrar en el salón de lectura del hotel, halló a un japonés leyendo. Le consideró un momento y le preguntó:

—¿El señor es japonés?

El interpelado se levantó ceremoniosamente, le hizo una reverencia y contestó:

—Si, señor, soy japonés.

—Así me parecía — agregó el abate regocijado —. Algo peculiar debe haber en ustedes, porque siempre los reconozco.

—A mi me pasa lo mismo con ustedes — repuso el japonés —; cada vez que los encuentro me digo a mi mismo: sacerdote católico.

—Perspicacia oriental — convino gravemente el abate Doyennat.

(De Eduardo Schiaffino)

Ilustraciones de Rodriguez